



NIGER. — El peñasco fetiquio de Apimido. (Pág. 243).

JAPON.

MIRADA RETROSPECTIVA: LOS MÁRTIRES.

PLÁZENOS ocupar hoy la piadosa atención de nuestros lectores con la relación del triunfo gloriosísimo alcanzado en el Japon por 110 campeones ilustres de nuestra santa fe, pertenecientes á la Orden dominicana, de los cuales 24 eran Terciarios. Su celeberrimo martirio llena una de las más brillantes páginas, no ya de la historia dominicana, sino de toda la historia eclesiástica. En la imposibilidad de tratar detalladamente de cada uno de ellos en particular, sólo consignaremos los rasgos generales de su valerosa campaña y por siempre memorable victoria.

El Japon dista de nosotros unas tres mil leguas. Es un numeroso grupo de islas contiguas que constituyen un solo imperio dividido en sesenta y seis reinos ó provincias, cuyos jefes ó reyezuelos llevan el nombre de *tonos*, que el emperador quita y pone libremente. Los japoneses son de bastante capacidad, arrogantes, presuntuosos y crueles hasta la ferocidad con sus enemigos vencidos. La religion, aunque falsa, ejerce sobre ellos grande imperio, y es sobrepuesta á todo lo demás. El *Dairi*, ó jefe supremo de la religion, es una cosa parecida al Papa. Sin recibir de sus manos la consagracion ningun emperador puede subir al trono. Tienen tambien sus monasterios ó conventos de hombres y mujeres que guardan castidad perpetua y viven austeramente. Hay monasterios ó bonzorios que constan de doscientos individuos. Aunque reconocen una divinidad suprema,

Año VII. — N.º 157.

origen de todo, llamada *Xin*, adoran tambien otras muchas inferiores, especialmente *Amide* y *Xaca*, por cuyas grades penitencias creen que se salvan los pecadores.

El primer misionero que predicó la fe en aquel imperio fué un dominico martirizado en Lin-kiú el año 1530. Veinte años despues entró san Francisco Javier anunciando el santo Evangelio con tan felices resultados, que logró fundar una floreciente iglesia de centenares de miles de almas regeneradas por él en las saludables aguas del Bautismo. A este famoso apóstol de las Indias siguieron, primero sus hermanos los jesuitas, y despues los dominicos, franciscanos y agustinos. Pero no duró mucho la marcha próspera de la Religion. El emperador Taicosama, muerto en 1598, dió un decreto prohibiendo el Cristianismo y expulsando del Imperio á todos los misioneros católicos. Dejó por heredero del trono á su hijo Fideyori, niño de cinco años; pero le despojó de él Ircayasu, que con el nombre de Daifusama se coronó emperador el mismo año. Este usurpador escribió en un principio al capitan general de Filipinas, en términos muy halagüeños, invitando á los misioneros católicos á pasar al Japon y prometiéndoles amparo. Aprovecharon los religiosos la coyuntura, pasando en gran número á evangelizar aquellos países idólatras. Cumplió Daifusama sus promesas en los primeros años de su imperio: pero, como la pureza de la religion cristiana condenaba sus vicios, al fin se declaró su enemigo y perseguidor. Dios castigó su impiedad, porque yendo á cazar un dia, le dió un desmayo; y sus criados, creyendo darle una medicina, le dieron un veneno que le quitó pronto la vida. Mas, al morir, dejó

15 Julio de 1886.

muy encargado á su hijo y sucesor Xogunsama que persiguiese sin tregua la religion cristiana. Así lo cumplió este malvado tirano, pues desde julio de 1617, en que empezó á reinar, hasta el año 1633 en que murió miserablemente, no cesó de perseguir y derramar sangre de cristianos. Sucedióle en el trono Toxogunsama, hombre feroz y sanguinario, de instintos más bien de pantera, hiena ó tigre, que humanos. Parecia que Satanás habia encarnado en este monstruo del infierno. Su persecucion contra la Iglesia fué tan cruel, tan tenaz y tan terrible, que al fin logró acabar por completo con el Cristianismo en el Japon.

Desde 1844 se venian haciendo esfuerzos inútiles para volver á predicar en el Japon la religion cristiana, hasta que, al fin, en 1866 pudo establecerse allí un obispo y algunos misioneros. ¡Providencia admirable de Dios! Cuando se creia que no quedaba vestigio del cristianismo en aquel Imperio, al cabo de más de 200 años que habia sido ahogado en sangre por el feroz Toxogunsama, los misioneros encontraron vivas todavía las raíces de nuestra religion sacrosanta. Muchas familias conservaban como preciados tesoros algunos libros cristianos, que venian trasmitiéndose de generacion en generacion. Continuaban practicándose algunos actos religiosos; y lo que más sorprendió á los misioneros fué, que la devocion del santísimo Rosario se conservaba íntegra y sin alteracion alguna al través de tanta borrasca, de tantos años y de tan densas tinieblas de idolatría y paganismo. Dios lo dispuso así seguramente, para que el Rosario fuese el áncora de salvacion de aquel pueblo desgraciado, y para que por su medio se disipasen las nubes del gentilismo, y luciese otra vez radiante la luz de la fe en aquella tierra regada con los rios de sangre de tantos y tantos miles de mártires.

Pero reseñemos en particular la vida de nuestros ilustres hermanos. Además de la invitacion que el emperador Daifusama habia hecho al capitán general de Filipinas para que enviase misioneros al Japon, el rey ó Tono de Satsuma invitó á los dominicos en particular para que fuésen á predicar á su reino, movido por los comerciantes japoneses que en sus viajes á Manila les habian tratado de cerca, y estaban prendados de ellos. Aunque las necesidades espirituales de Filipinas eran grandes, se acordó, no obstante, enviar al Japon á los PP. Francisco de Morales, Alonso de Mena, Tomás Zumárraga, Tomás Hernández y un religioso lego llamado Fr. Juan de Abadía. A éstos siguieron despues los PP. Alonso Navarrete, Angel Orsuchi, Domingo Castellet, Jacinto Orfanell, José de San Jacinto, Juan de Santo Domingo, Luis Beltran, Luis Flores, Juan de los Angeles y Pedro Vázquez. Los primeros salieron de Manila en 1602, y llegaron felizmente al Japon. Se les dió por hospedaje un templo de ídolos; pero los bonzos ó sacerdotes de aquellas falsas deidades, comprendiendo que sus ídolos no podian permanecer en presencia de los sacerdotes del Dios verdadero, los quitaron de allí. Los misioneros bendijeron el templo, y colocaron en él una preciosa imagen de Nuestra Señora del Rosario que habian llevado consigo; y lo propio sucedió poco despues en la casa de un caballero japonés que los hospedó, y que tenia un oratorio de ídolos, convirtiéndose él y su familia á la fe.

La historia refiere que los misioneros observaron con gran satisfaccion de sus almas el efecto admirable que

hacia la imagen de Nuestra Señora del Rosario en aquellos paganos; pues desde que la vieron éstos no cesaban de visitarla en gran número; no se cansaban de mirarla, y se llevaban con mucho gusto los villancicos que en lengua del país habian compuesto los Padres misioneros. Largamente les pagó la Virgen santísima su devocion, porque no sólo hizo de ellos ejemplares cristianos, sino tambien mártires ilustres, que renovaron los primitivos tiempos de la Iglesia, y la cubrieron de inmarcesible gloria.

Se ha dicho ya que el emperador Taicosama habia prohibido en el Japon la religion católica, mandando expulsar á todos los misioneros; que su sucesor Daifusama, á pesar de haber él mismo llamado á su imperio á los misioneros, haciéndoles lisonjeras promesas que cumplió al principio, influido despues por los sacerdotes de los ídolos y más aún por los comerciantes herejes ingleses y holandeses, declaró una guerra universal á nuestra santa religion, la cual continuaron con furor siempre creciente sus sucesores Xogunsama y Toxogunsama.

Mandó, en efecto, Daifusama que todos los misioneros fuesen reunidos en Nangasaki, y luego embarcados para Filipinas y Macao, y que despues se procediese á dismantelar todas las iglesias, quemando todos los objetos del culto, como imágenes, cruces y rosarios, y finalmente que se obligase á todos los cristianos á renegar de su santa religion y adorar los ídolos, matando cruelmente á cuantos no quisiesen hacelo; todo lo cual se puso inmediatamente en práctica.

Todavía estaban los Padres misioneros en Nangasaki, cuando la persecucion hacia ya estragos horribles en los cristianos. En vista de esto, no queriendo dejar huérfanos á los neófitos en medio de tanto peligro, determinaron internarse otra vez unos cuantos en el imperio, burlando la vigilancia de sus guardias, quedándose los demás allí para ser embarcados, por no llamar la atencion de sus perseguidores, pero resueltos á volverse al Japon cuando estuviesen en alta mar, como efectivamente lo hicieron. Algunos, sin embargo, siguieron adelante para cubrir el expendiente.

La vuelta de los misioneros al Japon llenó de consuelo á los afligidos cristianos, que se creían ya desamparados para siempre de sus Padres. Con la administracion de los sacramentos, con sus fervorosas exhortaciones, con su ejemplo y con cuantos medios podian los misioneros reanimaban á los cristianos y los disponian para morir gloriosamente en defensa de la fe. Lo que los misioneros hubieron de padecer para atender á tantas y tan graves necesidades, el hambre, sed, cansancio, desnudez, enfermedades, peligros de todas clases, persecuciones, no es posible decirlo, y sólo Dios lo sabe. Demasiado comprendian aquellos santos varones que, al volver al Japon, se exponian á todo esto, y al fin á una muerte cruel; pero muy lejos de que esto los arredrase, antes bien fué lo que más les animó á volver. Amaban mucho á Dios, y por consiguiente anhelaban padecer mucho por Él. ¡Qué confusion para muchos cristianos, que nada quieren padecer por su religion y por su Dios, á quien pierden con la mayor facilidad por no privarse de un vil interés ó de cosas más vergonzosas!

Al fin Dios premió á estos intrépidos apóstoles y á otros innumerables discípulos suyos con la más gloriosa de las muertes. Unos fueron crucificados, otros

aserrados vivos, otros asados, otros degollados, otros colgados de los piés en los árboles, otros atados á un poste hasta morir de hambre y sed, otros colgados boca abajo en pozos llenos de materias corrompidas ó de mal olor; á otros los llenaban de agua y despues, poniéndoles un tablon encima del vientre, saltaban sobre él, haciendo reventar el agua por todas las vías, repitiendo esta cruel operacion muchas veces; otros murieron en estrechísimas, sucias y hediondas cárceles; otros perecieron en los montes y caminos huyendo de sus perseguidores, y otros, en fin, con otros tormentos tan horribles, que la pluma se resiste á consignarlos por no escandalizar á los débiles.

Ya hemos dicho que 110 de estos ilustrísimos mártires colocados en los altares por Pio IX en 6 de julio de 1867 pertenecian á nuestra Orden. Doce eran sacerdotes, cinco coristas y cinco religiosos legos, todos de la primera Orden; veinte y cuatro eran terciarios; y el resto cofrades del Rosario. Otros muchísimos más, terciarios y cofrades del Rosario, fueron tambien martirizados, porque la tercera Orden y la cofradía del Rosario estaban muy extendidas en el Japon; pero sólo pudieron hasta ahora concluirse felizmente las causas de beatificación de los expresados. Pidamos que las causas de los demás se concluyan con igual felicidad para gloria de Dios y nuestra.

(El S. R.).

Á TRAVÉS DE LOS PAÍSES DEL NIGER.

XIII.

A las diez franqueamos las fortificaciones y penetramos en un sendero que desemboca en la plaza de la casa real. El rey nos recibió en el acto, nos felicita por nuestra llegada y nos brinda á que descansen todo el día en su residencia.

El pueblo de Ijebu-Eré es relativamente pequeño, y su situacion magnífica.

Prosiguiendo la marcha, en pocas horas llegamos á Ilecha; asombra la profundidad de los fosos que rodean la ciudad, y al borde de los cuales hay fortificaciones de notable solidez.

Pasamos el día visitando las ruinas de esta vasta ciudad, en otro tiempo floreciente. Las murallas del palacio real llaman sobre todo nuestra atencion por su elevacion imponente.

Partimos con nuestros portadores para ir á pernoctar en el pueblo de Apimido: los caballos marchaban con bastante rapidez, cuando asustóles de pronto una gran mole de granito fetiquio que cerraba el paso. (V. el grabado de la página 241).

El guía la tocó respetuosamente con ambas manos, que llevó en seguida á la frente y despues al pecho, pidiéndole piadosamente, segun supimos más tarde, que nos permitiese pasar en paz. A las seis llegamos á Apimido, populosa villa sita en una meseta bastante elevada y rodeada por todos lados de picos y colinas peñascosas.

Aquí abundan las ricas enaguillas del país, de colores variados y de trama fuerte, que desafian los ataques del tiempo y las injurias de las malezas.

Desde Ilecha los negros son de un tipo particular y tienen un aire de estupidez poco comun. Los hombres,

y sobre todo las mujeres, son menos decentes que en otras partes.

Los ilechas son evidentemente muy atrasados. Cree-rian que los inmensos bosques, en medio de los cuales están construidas sus ciudades y pueblos, han influido en el desarrollo de su inteligencia, entorpeciendo su espíritu.

Despues de una etapa de once horas llegamos á las puertas de Ekun-Era el último día del año y ofrecimos á Dios todos los sufrimientos y privaciones de la jornada, rogándole aceptase todos los del año que iba á empezar durante nuestro sueño.

Ekun es una gran ciudad muy bien situada: al Norte hay una cadena de montañas peñascosas y cortadas á pico. Gran número de plazas públicas están llenas de vendedoras los días de mercado. La poblacion es densa y rolliza. Las mujeres sólo cuidan de hacerse interesantes por la manera con que llevan sus cuernos, formados con gruesos mechones de cabellos. Los hombres no sueñan en otra cosa que en beber vino de palma y en robar esclavos.

A las diez de la mañana el rey nos hace llamar y nos recibe muy bien, haciéndonos algunos regalos.

XIV.

El camino de Ode-Ondo es tolerable y sombrío. A cosa de una legua de esta ciudad se nos dice que el rey habia enviado una diputacion á nuestro encuentro, pero que cansada de esperarnos se habia vuelto á la poblacion, donde la alcanzamos; al entrar en la gran ciudad sorprendiéonos lo angosto de la puerta y sus reducidas dimensiones, de suerte que con dificultad pudieron pasar los caballos, aun desembarazados de los arneses. Apenas salidos de la casa del aduanero, desembocamos en una calle ancha y perfectamente alineada, era la primera vez que encontrábamos vías que no fuesen un suplicio para los transeuntes. Se nos acompañó directamente á casa de los ministros protestantes, que nos aguardaban con todo su personal, y nos ofrecieron la más cordial y generosa hospitalidad.

La aceptamos con agradecimiento, considerándonos felices de poder sustraernos de este modo á las enojosas visitas de los desocupados y de los curiosos del país. Nuestros huéspedes pusieron dos aposentos á nuestra disposicion y nos instalaron cómodamente. Luego fuimos á saludar al rey, quien se habia preparado para recibirnos con toda solemnidad.

En un patio formado por dos largos cuerpos de edificio y cerrado en sus extremidades por la casa real y un elevado muro, el rey de Ondo tenia su lecho de justicia en medio de los grandes del país. Estaba sentado en un magnífico tapiz, y cubria su cabeza una especie de tiara puntiaguda ricamente bordada y adornada con plumas blancas. Envolvíase completamente en un paño de terciopelo rojo, y á su lado, en una estera, tenia su cetro y una pistola de cobre, cuyo cañon era fabricado en los talleres mismos de Onde-Ondo.

Cuando los grandes han saludado al rey echándose por el polvo, le dirigen los más serviles homenajes: el fetiquista superior preséntase á su vez; pero gracias á su empleo está dispensado de las ceremonias humillantes, obligatorias para los demás. Se adelanta, cubierto con sus talismanes: con el dedo meñique de la mano derecha ase el mismo dedo de la mano derecha del rey,

y luego con la izquierda estrecha vigorosamente la mano correspondiente del monarca. Repite lo mismo con cada uno de los oficiales superiores de la corte, y toma asiento á la derecha del soberano, pero un poco más bajo.

Por fin se nos invita á que presentemos al rey nuestros homenajes conformándonos á la moda inglesa. Hemos de manifestar aquí que los ingleses empiezan á tener predominio: enviaron primero ministros evangélicos, que les aseguraron de antemano preponderancia en todo el país, y han venido á ser los árbitros de paz y de guerra; trabajan con lentitud, es cierto, pero también con seguridad para hacerse necesarios. El rey actual les debe el no estar ya en guerra con sus vecinos, que hubieran podido privarle de su reino.

El rey parece satisfecho de nuestra visita y nos promete su amistad: por la tarde nos regaló un becerro y batatas, junto con jarros de vino de palma, debidos al desprendimiento de un *ogboni* de la ciudad.

El día siguiente, después de satisfacer al reverendo los gastos de hospitalidad y entregar alguna cosa para recreo de los niños, nos despedimos de nuestros huéspedes, dándoles las gracias por su delicadeza y sus atenciones. Atravesamos la gran ciudad que no cuenta menos de quince mil habitantes. Diremos de paso que los reverendos suavizan paulatinamente la costumbres salvajes de esos terribles negros, pero distan mucho de lograr que desaparezcan los usos que ensangrientan la tumba de los jefes del país. La ciudad por más de un concepto ofrece un carácter europeo; y las casas de los *ogbonis* tienen un aspecto grandioso y un sello notable. Las calles anchas y rectas, las plazas simétricas de la parte alta, los inmensos patios que rodean el palacio real, todo esto no parece debido al genio poco inventivo de los negros. Un europeo ha debido ser el inspirador de esos ligeros adelantos y de esas mejoras elementales.

Franqueámos por fin las fortificaciones y penetrámos en los bosques, y á las cuatro de la tarde llegámos á un bosquecillo fetiquio, cuyas avenidas estaban todas cerradas; quiero decir que los habitantes del pueblo á donde íbamos habían puesto á trechos, en los árboles, las señales evidentes, para todo el que conoce las costumbres de los negros, de que el pueblo estaba de fiesta y rehusaba la entrada á los extranjeros.

En efecto, prosiguiendo nuestro camino encontramos un campamento. Respecto á las mujeres sobre todo, la interdicción era formal. Aunque habituados á no violentar cosa alguna y á no herir en lo más mínimo á los negros en sus costumbres ó prejuicios, no nos creímos obligados á dormir al aire libre para complacer á un pueblo insignificante que se daba el lujo de una fiesta. Sin embargo, una de nuestras portadoras asustada se quedó en el campamento fuera de la población.

Apresurando el paso penetrámos en el pueblo, con gran sorpresa de los vecinos. Para no perder su prestigio, los ancianos del lugar se apresuraron á decir que nuestra cualidad de blancos nos dispensaba de toda servidumbre, y aun se extendió el privilegio á la mujer que dejámos en el bosque, donde la retenía su temor al fetiquio.

Este pueblecito de Ipinido está compuesto de unas veinte casas y cuenta á lo más trescientas personas. A pesar de su pobreza, una anciana católica, vuelta de Río Janeiro y que había abrazado de nuevo el más

completo fetiquismo, nos ofreció bananas, vino de palma, una gallina, y una modesta pero sincera hospitalidad. Ofrecióse á lavarnos los piés, honor que, como se supone, declinámos desde luego. Aunque vuelta á la vida pagana y obstinada devota de Chango, la infeliz anciana comprendía nuestras necesidades y se esforzaba por remediarlas.

Al partir el reverendo Padre Superior hizo algunos regalitos á nuestra huésped y á su familia, en el seno de la cual con tan buena voluntad se nos había tratado: de ahí celos de parte del jefe del pueblo, que nada nos había ofrecido. Así, para vengarse, tendió una cuerda en medio del camino que habíamos de seguir y suspendió en ella el fetiquio nacional para cerrarnos el paso. (V. el grabado de la pág. 245). Para probarle que él y su fetiquio formaban una sola nulidad, y que lo que no nos había impedido la entrada no sería obstáculo á nuestra salida, franqueámos á caballo el irrisorio espantajo, con grande escándalo del aduanero, que palideció de miedo.

Pasado ya el obstáculo, como muestra de arrepentimiento y sumisión el jefe bajó humildemente la cuerda fetiquia y nos despedimos de él.

Nos quedaba por hacer, antes de llegar á Ayessan, una larga y penosa marcha. Teníamos que atravesar bosques pantanosos, en los que se desplegaba en todo su esplendor la exuberante vegetación del África tropical. Por la noche nos acostámos en lechos de follaje y pudimos gozar del espectáculo de las incomparables é indescriptibles noches de África. Al cabo de algunos días de marcha á través de esos terrenos vírgenes, llegámos, á pesar de mil incidentes, al pueblo de Ayessan.

XV.

Ayessan, pueblecillo de creación reciente, del que es jefe Takuro, antiguo esclavo del rey de Itebu, cuenta veinte y cinco casas, bastante bien construidas. Takuro, hermoso negro de figura simpática, nos ofreció una vivienda, y por la mañana dió parte al rey de Itebu de nuestra llegada, y que era preciso venir á buscarnos en piragua, pues para llegar á Lago no hay camino terrestre.

Ayessan, situada en las elevadas orillas de una laguna ó río que se precipita en el Osa, es un ensayo de colonia inglesa. Dudo mucho, no obstante, que á pesar de la protección de la Gran Bretaña se arraigue aquí una colonia, pues se necesitan numerosos brazos para desbrozar el terreno, y alejar un poco las fieras cuya presencia es una amenaza constante para las cabras, carneros y gallinas. La noche siguiente, en efecto, se ofreció un ejemplar del atrevimiento de las bestias feroces del barrio. A las once una fuerte detonación puso á todo el mundo en alarma. Una hiena, pantera ú onza había penetrado en el parque de un infeliz matándole su única cabra. El propietario había cargado su fusil con medio barril de pólvora sin duda, pues hizo el estrépito de un cañonazo, y experimentó tan violenta sacudida que estalló estropeando la mano del infeliz negro. (V. el grabado de la pág. 248).

A medio día viene á buscarnos una diputación del rey de Itebu. El hermano del rey, portador de su bastón, lo entregó el P. Chausse, quien tuvo que guardarlo hasta la tarde para volverlo al rey mismo. Este embajador llevaba los cabellos arreglados á manera de

cuernos, y semejaba una bruja en el acto de hacer sus maleficios.

Acompañábanle unos veinte hombres, con los cabellos dispuestos del mismo modo y plumas de aves de presa en sus trenzas, lo que les daba un aspecto salvaje. Hacer entrar caballos en una piragua no fué cosa de poco trabajo para gentes que nunca habían visto semejantes bestias. A las once de la noche echámos el ancla cerca de la casa del rey, quien nos recibió en el acto. Se envolvía con un paño de terciopelo rojo, adornaba su cuello un rico collar de coral, y cubría su grande cabeza redonda con un sombrero de lacayo, con galones de oro que formaban el nombre inglés del rey: sus ojos injectados de sangre le hubieran dado un aspecto cruel si una benévola sonrisa no asomase en sus entreabiertos labios. (Véase el grabado de la pág. 249).

Este rey parece muy codicioso de presentes, pero poco amigo de hacerlos, y nos envió á su hermano el embajador.

El día siguiente, que era domingo, sabiendo que es día santo para los blancos nos lo dejó

pasar en recogimiento. Sólo al anoecer los curiosos, convertidos en amigos nuestros, se atrevieron á saludarnos. Absolutamente reducidos á la mendicidad, vivíamos de prestado; no me atrevo á hablar de caridad, pues aquí es cosa desconocida.

Distábamos diez leguas de Leckie, y no había piraguas para transportar nuestros caballos. El Padre Superior resolvió ir por sí mismo á buscar en las factorías francesas de Lagos el auxilio que necesitábamos para

salir de nuestro apuro, y se embarcó en una pequeña piragua que el rey puso á su disposición.

XVI Y ÚLTIMO.

El 23 de enero el P. Chausse me anunció su partida de Leckie: cuatro robustos hombres, montando una inmensa piragua, llegaron para buscarnos. Los caballos

fueron expedidos en piragua con peripecias que rehúsan toda descripción. Más de una vez esos pobres animales, asustados, hicieron zozobrar las piraguas, y todos los negros tuvieron que saltar al agua para cogerlos y reinstalarlos.

El rey me acompañó hasta la laguna y me entregó su baston, que enviaba en primer lugar al Padre Superior, y luego al gobernador de Lagos, de quien es vasallo. Era de noche cuando llegué al campo de feria de Artigiri.

A los pocos momentos tuve un fuerte ataque de fiebre; el frío me hacía temblar todos los miembros, y como si fuera esto poco, una tempestad arrebató de un solo golpe mi

pobre tienda, quedando yo á la merced de una lluvia torrencial que duró varias horas. A pesar de todos estos contratiempos me restablecí, y mientras se secaban al sol nuestros cobertores salí para visitar las cercanías. De repente, á derecha del sendero que yo seguía, un horrible espectáculo ofrecióse á mi vista: una cabeza de negro, que parecía cortada á cercen, estaba allí, colocada sobre fina arena y revelando en sus facciones las horribles angustias de la última hora. Acércome, y con



NIGER. — Camino cerrado por los fetiquios. (Pág. 244).

gran sorpresa reconozco á un esclavo que cinco días antes ví en Itebu, reír, hablar y divertirse con nosotros. Este desdichado Momo ayudó á hacer los preparativos de guerra que yo habia presenciado y que habian de serle tan funestos. Tuve por fin la clave del enigma. La paz que iba á hacerse acababa de ser cimentada con la sangre de este infeliz. Despues de copiosas libaciones, en las cuales tomó parte el infeliz Momo, escoltada por todos los jefes vecinos la víctima fué conducida á cincuenta pasos del campo de feria, y allí echáronse sobre ella y fué muerta sin piedad en medio de tigres con rostro humano que aullaban de gozo y que parecían en ciertos momentos más feroces que las fieras de los bosques. Con la sangre de la víctima sazonaron las batatas que se distribuyeron á los jefes, y luego practicaron un hoyo poco ancho, pero profundo, en el que pusieron de pié el cadáver del infortunado Momo, cubiéndolo de tierra hasta los hombros.

Los grandes fetiquistas pronunciaron sobre esta sangre derramada las más solemnes maldiciones y las imprecaciones más terribles contra cualquiera que de una manera ú otra quebrantase la paz, esa paz que acababa de hacerse de una manera tan bárbara. Dirigí por último una postrera mirada sobre el infeliz Momo, y me aparté de aquel lugar, manchado con tan degradante sacrilegio.

Era esperado en Leckie, donde el gerente de una factoría francesa me ofreció cordial hospitalidad. Una iglesia católica reuniría aquí desde luego buen número de fieles, y merced á las diarias comunicaciones de Leckie con Lagos, una Mision gozaría de todas las ventajas que puede exigir la salud más delicada.

Como mi ardiente deseo era restituirme pronto á Lagos, me embarqué en una piragua. La inmensa laguna en que bogábamos acarrea un depósito verde que hace su agua detestable; así es que preferimos el tormento de la sed.

Al anoecer abordé en la casa francesa, donde supe por el jefe de la factoría el fallecimiento del P. Pouret.

Reuníme por último con mi amada familia de Lagos al cabo de cuatro meses de ausencia.

¡Ojalá que este modesto relato, redactado aprisa y en medio de los rudos trabajos del ministerio apostólico, contribuya á hacer conocer y amar á esos infelices desheredados de las orillas del Niger! Hacemos ardientes votos para que esos numerosos pueblos, tan bien dispuestos para recibir la palabra del Evangelio, estén en breve provistos de obreros apostólicos. No dudamos un momento de que los piadosos bienhechores de nuestras obras secundarán el ardor de los jóvenes apóstoles que sólo piden volar en socorro de esas tribus abandonadas, y así la Sociedad de las Misiones africanas de Lyon podrá trabajar en ese inmenso campo del Padre de familias que se apellidará la Mision del Niger.

AFRICA OCCIDENTAL.

APUNTES HISTÓRICO-GEOGRÁFICOS DE LA ISLA DE CORISCO.



ECHADA el 15 de setiembre de 1885 en la isla de Corisco, dice la *Lectura católica*, tenemos el placer de trasladar á nuestra *Revista* la interesante Memoria ó Apuntes de aquella isla que hemos recibido. Es de admirar que en tan corto espacio

de tiempo haya podido reunir el Rdo. P. Salvadó, que la suscribe, una coleccion de datos y observaciones tan amplios como curiosos. Y atendido que, por lo general, serán desconocidos en España, es indudable que ha de tenerla en grande estima, como la de Fernando Poo, ya presentada, y de que tambien dimos cuenta á nuestros lectores, el Ministerio de Ultramar.

ETIMOLOGÍA.—El nombre propio y radical de esta isla, segun la denominacion que aún hoy le dan los naturales ó indígenas, es Mangi (pronunciacion italiana), que significa *dulce*, tomado de un árbol muy corpulento y elevado, cuyo vértice ó punta es lo primero de esta isla que se descubre desde el Océano. El apelativo *Corisco*, que en portugués quiere decir rayo, se lo impusieron los portugueses, á causa de las muchísimas exhalaciones que en ella descargan. El célebre *Mangi*, que por su elevacion es quien más descargas eléctricas recibe, murió, víctima de ellas, há más de un siglo, conservándose, no obstante, en pié, aunque sin ramas. Como es tan feraz el terreno que circuye aquella inmensa mole de madera, estamos discurriendo su derribo para establecer allí la Casa-Mision.

DESCRIPCION DE LA ISLA.—La extension superficial de esta isla será de unas tres leguas de diámetro; su forma circular se parece á una rueda dentada, por los múltiples cabos y ensenadas que aparecen en sus costas, debido á la furia de las olas que incesantemente la combaten, llevando en su reflujo la parte arenisca ó blanda, y quedando las rocas al descubierto. De tan constante resaca vienen á formarse dilatados bancos de arena, escollos y riscos, que ponen los botes á gran peligro de naufragar; así es que nada tiene de placentero el embarque y desembarque en estas playas con las estrechas canoas á que por precision hay que recurrir.

PRODUCTOS.—Siendo este suelo arenoso, no existen otras plantas que las que aman esta clase de terrenos, de fácil penetracion.

Arboles.—Entre los árboles, el *Mangi*, del cual se ha hecho ya mencion, es el que lleva la primacia. Siguen el *Bivive*, de cuyo fruto los negros componen una especie de pasta semejante al chocolate, y úsanla para condimentar el pescado; el *Bomba*, tambien de grandes dimensiones, cuyo fruto, una vez cocido, les sirve igualmente para salsa; el *Buma*, cuya madera es blanca pero flojísima, de modo que los muchachos la trabajan con el cuchillo, y hacen pequeñas embarcaciones con bastante perfeccion: es su principal y casi exclusivo pasatiempo; el *Bolumu*, grande árbol, de cuya madera nadie sabe cosa alguna. El *Bambú* macizo, de la familia de la caña hueca, abunda en sitios pantanosos, y se llama por otro nombre *Banja*. Hay otra clase muy semejante, pero más robusto y rojo, llamado *Mimbo*. La *Palma* (*Mbya*), de la cual extraen el licor titulado *Mavule ma mbya*. Los *Plátanos* (*Becoy*), cuyo fruto es el único destinado á la exportacion. Las *Bananas*, de dos clases; unas (*Matotto*), semejantes al plátano y muy dulces, cualidad que aprecian muy poco los negros; otras (*Bessaivay*), de unos seis piés de altura, producen racimos que á veces llegan al suelo. El *Mama Ilolo*, arbolito curioso parecido á una higuera joven, da un fruto parecido al melon, que crece engastado á lo largo del tronco.

Arbustos.—Entre otros hay uno llamado *Gomu*, parecido al *lluvi* catalán, cuya hoja es un veneno muy activo: de ella se sirven para entumecer al pescado, que luego aparece como muerto á la superficie. La *Albaca* ó

Albahaca silvestre: hállanse cubiertos de este odorífero arbusto grandes trozos de terreno, lo cual me causó al observarlo no poca sorpresa. Crece hasta la altura de ocho ó diez piés, sin que el tronco sea más grueso que el dedo pulgar; con todo, sus ramas se extienden mucho; su hoja corresponde al tamaño de la del peral; por lo demás, no se distingue de la de nuestros jardines, sino en el aroma, que no es tan anisado. El terreno de que se enseñorea esta aromática planta forma un bosque impenetrable y tan homogéneo, que no se ve ninguna otra planta mezclada. Los negros la tienen por medicinal: llámanla *Mahepo*, y comen sus hojas por lo que tienen de picante. *Pimientos*: abundan también las plantas de pimientos enanos, pero tan picantes, que abrasan la lengua; crecen entre la hierba, y algunas suben á más de un metro. Los indígenas, amantes como son de lo picante y amargo, usan de este fruto en toda clase de salsas.

Tubérculos.—La *Yuca*, raíz farinácea, procedente de América, conocida allí por el nombre de *Casasada*, *Cassave* ó *Cazave*: no obstante, los ingleses la llaman *Kang*, los franceses *Manive* ó *manique*, y, por fin, aquí se la da el nombre de *Mebondo*. Produce un arbusto de agradable aspecto, y su hoja la buscan y comen con avidez los animales; sus raíces profundizan hasta unos 70 centímetros, con 30 y más de circunferencia. Esta sustancia farinácea constituye su principal alimento. A este fin la hierven, y, quitada la piel, queda blanquísima: luego la pican y amasan, formando pastas de forma cilíndrica, las que envuelven con hojas de plátano: abunda mucho. La *Bendda*, especie de patata muy productiva, no la conozco todavía. *Yames* ó *ñames*, los hay de dos clases: rojos, llamados *Bioma*, y blancos, *Bepoponíe*: unos y otros son duros, y de lo más notable que hasta la fecha he descubierto en clase de tubérculos naturales de este país. No dudo que en lo interior del bosque habrá muchas otras producciones, que ignoramos.

Las plantas de mayor valía, sin embargo, son las que importaron los europeos que nos han precedido; sobre todo, los presbiterianos de América, que arribaron á esta isla cuarenta años há, introdujeron y cultivaron algunas plantas de gran provecho; pero al abandonarla quedaron algunas de éstas confundidas entre otras silvestres, bastando para darnos la idea de lo que podrían producir si se las favoreciera con la industria del agricultor. Son como sigue: El *Coco*, llamado también *Mehanga*, produce extraordinariamente. *Naranja* (Belohi): *Limonero* (*Laha lohohole*): el *Arbol del pan*: el *Mango*: la *Caña de azúcar* (Menjoco): el *Arbusto del algodón* (Bebudi), que prueba muy bien en este terreno. La *Piña de américa* (*Manga*): la *guava*: el *maíz* (Poti). De esta última semilla he hecho una pequeña recolección; hubo planta de 4 metros que dió el 900 por uno. Acabo de contar los granos de dos piñas ó espigas hijas de una planta, y ascienden á 1,200, por uno de semilla. Hoy tenemos sembrado un campo regular, que está ya á medio crecer. *Judías*; ocupan muy ufanas grandes áreas de terreno, mas su fruto es encarnado y muy duro. *Moniatos*; demuestran la excelencia de su clase. *Berenjenas*; alguna planta se halla crecida como un arbolito, cuyo fruto es semejante á un melocoton de gran tamaño. *Kacawets* valencianos; los hemos descubierto recientemente. *Kinina*; el rey del Norte, Uduma, me mostró el único árbol que existe cerca de su casa, muy frondoso,

cuya hoja, semejante á la de laurel, tiene el amargor de esta droga, tan cara, que se vende aquí á 300 reales la onza. ¡Cuánto no produciría si se pudiera cultivar en grande escala!

Opino que el *café* y *cacao* darían asimismo gran resultado. He pedido semillas para hacer la prueba, junto con las de algodón que ya tengo aquí. A este efecto estamos cerrando un trozo de tierra con bambús de la India, que también fueron importados, y crecen hasta invadirlo todo. Esta planta (caña) de 20 á 25 metros de elevación y de 30 á 40 centímetros de circunferencia, forma tales cañaverales y tan apiñados, que es casi imposible el derribarlos ó destruirlos: ni el fuego puede con ellos por ser tan verdes. El que nos sirve de asta para la bandera nacional se remonta como una torre regular.

Nada digo de lo que se pudiera esperar del cultivo del *tabaco*, eligiendo puntos á propósito y abono conveniente. Todas estas ventajas se pueden tener en cuenta, partiendo del principio que han de ser extranjeros los operarios: nada hay que esperar de los indígenas.

Animales.—La cabra es el único animal grande que se conoce aquí entre los cuadrúpedos. En clase de fieras, no tengo noticia que haya sino gatos silvestres (no sabemos si serán tigres).

Aves.—Las gallinas domésticas (y no silvestres como pretenden algunos) son objeto de comercio para las mujeres, que venden los huevos á 8 reales docena. Hay también algunos *patos* y *palomas* grandes, *lorcs* y otros no menos notables.

Reptiles.—Se encuentran culebras de distintos tamaños; la más grande que he visto, y que maté poco há en nuestra casa, tenía cuatro metros de largo, y no más gruesa que la muñeca. Son incomparablemente menores que las de la India, la *naya*, por ejemplo, que tiene hasta diez metros de longitud, y de una circunferencia semejante al muslo de un hombre. Los demás bichos, como el camaleón y otros propios de estos climas, aparecen de cuando en cuando.

Se matan algunas ardillas; pero lo que abunda prodigiosamente son las ratas y las hormigas de todas clases, que inundan el bosque y las mismas casas.

Otro día continuaremos.

FILIPINAS.

CARTAS DE UN PADRE JESUITA Á LOS PADRES Y HERMANOS DE VERUELA.

Dávao, 4 de enero de 1886.

Mis amadísimos en Cristo Padres y Hermanos: Hora es ya de corresponder á la hermosa carta de Vds. contándoles algo de estas Misiones, que no dudo les ha de interesar vivamente. En esta y en las demás cartas que pienso escribirles á ustedes me concretaré á referir cosas que ó yo mismo he presenciado ó he oído de testigos oculares.

Aquí nos ha tenido un poco alarmados la cuestión de las Carolinas, que como están cerca de estas costas, y estas gentes son tan miedosas, cristianos é infieles se han creído ya más de una vez esclavos de los alemanes. Aún ahora no tienen toda la confianza que convendría para reducirse y hacer sus pueblos tranquilamente, bastando cualquier noticia mala, aunque sea sin fundamento é

inverosímil, para esconderse en el monte. El reverendo Padre Superior de la Mision nos mandó desde Manila algunas banderas españolas para las Reducciones de estas Costas, y nosotros decimos á todos que teniendo enarbolada la bandera española, aunque vean acercarse un buque extranjero, no deben temer nada.

Deben tener Vds. noticia ya de las numerosas razas de infieles que pueblan la Mision de Dávao. Los infieles mas próximos á esta Cabecera son los Guiangas, que repartidos entre los rios y Rancherías de Dulian, Guimalan, Tamogan, Ceril y Biao, suman un total de 6,400 almas. Hablan un idioma bastante difícil de entender, por no parecerse en nada á las lenguas que hablan otras razas. Estos infieles siembran arroz, maíz, camote, plátanos y caña dulce, recogiendo además mucha cera en

solamente en las nuevas Reducciones de Santa Cruz, Astorga, Dalian, Bagó, y Taomo. Los bagobos apenas se diferencian de los guiangas más que en su idioma que lo tienen propio. Tienen fama sin embargo de grandes sacrificadores, y están muy pegados á las costumbres de sus antepasados. Cada año hacen dos fiestas: una antes de sembrar el arroz, y otra despues de terminada la recoleccion. Esta última es bastante inocente, y se llama la fiesta de las mujeres. En ella se reunen todos en la casa de su principal ó dueño de la fiesta á la caída de la tarde. Comen aquel dia de primera clase y beben hasta que se acaba el vino de caña dulce que han preparado para el objeto. Casi toda la noche hay música, canto y baile, disolviéndose la reunion al amanecer del dia siguiente. La fiesta que hacen antes



NIGER. — Estalló el fusil, estropeando la mano del infeliz negro. (Pág. 244).

sus bosques. Hay entre ellos muy huenos herreros y en general revelan bastante inteligencia; mas, como están aun en estado salvaje, cometen muchas barbaridades, entre las cuales están los sacrificios humanos. Todavía no han oido un Padre misionero que les hable en su lengua, bautizándose solamente alguno de los que vienen á Dávao. Yo he tratado algunas veces con los mas cercanos que entienden y hablan la lengua de los bagobos sus vecinos, y esta misma semana he de visitar los del rio Mala, en donde hay algunos cristianos y catecúmenos que hacen ya una capilla para cuando yo vaya.

Los bagobos son otra raza de infieles que ocupando las faldas del volcan Apo, se extienden por la parte N. O. de Dávao, desde el rio Taomo hasta el Bolatucan. Son de diez á doce mil almas próximamente, habiéndose reducido hasta ahora unas 800 y bautizándose 400

de la siembra, es una tragicomedia repugnante y criminal. La parte trágica es lo primero que tiene lugar. Reunidos en medio del bosque, con todas las precauciones necesarias para que el caso no llegue á oidos del Padre misionero ni de la justicia, amarran bien el esclavo que van á sacrificar, y ya asegurados de que no serán descubiertos, armados todos de afilados cuchillos, saltan y brincan al rededor de la víctima, hiriendo uno despues de otro, ó varios á la vez, con gritos y alaridos infernales, hasta que el cuerpo de la víctima sacrificada queda hecho añicos. Del lugar del sacrificio se dirigen luego á la casa de su principal ó dueño de la fiesta, con ramos en las manos que colocan en una grande caña, que es no sólo el adorno principal, sino el altar de la casa en que se reunen. Y aquí entra la parte cómica, pues como quien no ha hecho nada, comen y be-

ben todos, y tocan y bailan algunos de los más alegres. El papel principal lo desempeña aquí el viejo ó dueño de la fiesta, el cual allí, junto á la caña que he nombrado antes, con el vaso de vino en la mano y hablando con sus camaradas, se dirige al gran demonio llamado Daragó, cuya fiesta celebran, con estas palabras: «Daragó, te hacemos esta fiesta con grande voluntad y alegría ofreciéndote la sangre del sacrificio que hemos hecho y este vino que bebemos, para que seas amigo nuestro, nos acompañes y seas propicio en nuestras guerras.» Después y á continuación de lo que dejo apuntado, empieza una especie de letanías, en que entran todos los *Daragós* más célebres que conocen ó creen conocer, y cuyo nombre repiten todos á la vez.

Los bagobos reconocen dos principios y dicen que tienen dos almas cada uno. Dios, ó sea Tiguiama, es muy bueno, dicen ellos, y ha criado todas las cosas aunque ayudado de otros pequeños dioses que están á sus órdenes, como Mamale que hizo la tierra, Macacoret el aire, Domacalen los montes y Macaponguis el agua. De las dos almas, la una va al cielo y la otra al infierno; pues creen que lo mismo en esta vida que en la otra pertenecen al demonio, al cual conceden los mismos derechos y casi el mismo poder que á Dios: pero con la diferencia de que el demonio es muy malo, amigo de sangre y principio de toda maldad y desórden. Por esto, olvidados enteramente de Dios, á quien sirven y adoran es al demonio en todas sus cosas. Cuando se casan, si los novios se creen valer algo, hacen un sacrificio hu-

mano para que tengan buen casamiento, para que haga buen tiempo, para que no venga tempestad, enfermedad, etc., cosas que ellos atribuyen al demonio. Así también cuando saben que hay alguna enfermedad contagiosa, ó tienen miedo de morir, se reúnen varios para hacer un sacrificio humano, diciendo al demonio que les deje vivir, pues le ofrecen generosamente aquella víctima. Así creen conjurar la enfermedad. Mas, cuando tienen que

sacrificar por necesidad los bagobos, es en la muerte de alguno de la familia, antes de quitar el *lalaoan* ó luto. En este caso se anuncia entre ellos el sacrificio, como suele anunciarse entre los cristianos una feria ó una romería, y en el punto y día señalado se juntan todos los sacrificadores, ó sea un individuo de cada una de las familias que llevan luto, siendo á veces 50 ó más. Entre todos se paga el valor del esclavo sacrificado, teniendo derecho á sacrificar primero el que paga más. Las víctimas gritan en estos casos mientras pueden, y piden compasión á todos, pero lejos de compadecerse sofocan sus voces lastimeras con una gritería la más horrible y es-

pantosa del mundo. Si hacen el sacrificio cerca de los cristianos, entonces hieren sin gritar, y aun cierran la boca á la víctima.

Pero dejemos para otro día la relacion de otras no menos espantosas barbaridades. Rueguen Vds., Padres y Hermanos de mi alma, por la conversion de estos pobrecitos, y de mí no se olviden en SS. SS. y OO.

De todos siervo en Cristo,—MATEO GISBERT, S. J.



NIGER.—El rey de Itebu, (Pág. 245).



Al leer los horribles sacrificios humanos que describía en mi anterior, se habrán Vds. preguntado: ¿Cómo ha podido el Padre saber tan por menudo las costumbres inhumanas que los salvajes ocultan con tanto cuidado en lo interior de sus selvas? Ya comprenderán Vds. que yo no he podido presenciar estos sacrificios, pero me lo han explicado los bagobos que habiéndose ya bautizado, cuentan estas y otras barbaridades de la infidelidad; y lo sé también de boca de algunas víctimas que estando ya á punto de ser sacrificadas, consiguieron salvarse por auxilio y disposición del Padre Misionero. Unos 40 bagobos se habían reunido una vez en los montes de Tibisan. El esclavo que iban á sacrificar era un jóven tagacaolo llamado Oata. Iban á empezar ya la sangrienta escena, cuando hé aquí que llega otro bagobo llamado Iranon, diciendo: «¿Qué haceis? ¿No veis que lo va á saber el Padre, y vamos todos á presidio?» A estas voces se asustaron, y determinaron sacrificar al día siguiente en lugar más lejano y oculto. Mas entre tanto el pobre Oata, que veía la suerte que le esperaba, procuró escaparse y lo consiguió, contándome luego cuanto le había pasado, y hasta el nombre de los sacrificadores. No por esto dejaron de sacrificar, pues en lugar de Oata sacrificaron otro muchacho llamado Iró, según pude averiguar despues.

Sobre esto podría extenderme mucho más de lo que permiten las dimensiones de una carta, pero terminaré aquí la relacion de barbaridades bagobas con el siguiente caso. Estaba hace poco el Padre Misionero hablando con el Capitan bagobo de Cavit, llamado Atás, según acostumbra el Padre en sus visitas á los infieles, para atraerles á la Reduccion, cuando de repente y sin venir al caso, dirigiéndose dicho capitan á uno de los suyos, llamado Idar, dice: «Magamama pa acó.» Estas palabras que traducidas literalmente, quieren decir: «Voy á mascar todavía,» eran en este caso la contraseña con que Atás dió á entender á los suyos que iba á acometer, y que hicieran lo mismo que él. Pero aunque eran valientes, y el Padre no tenía gente de armas que le defendieran, los mismos bagobos que en este caso supieron manifestar su debido respeto al Padre, lejos de secundar los malvados intentos de su capitan, le sujetaron y desarmaron en seguida, llevándose al monte. El mismo Idar trajo al día siguiente el balarao con que Atás había querido herir. Este atentado, que por más señas ha quedado impune, á pesar de que el Padre Misionero dió parte con oportunidad á quien correspondia, les probará á Vds. cuán inocentemente nos encontramos á veces en medio del peligro y cómo nos guarda la divina Providencia.

De las costumbres bagobas voy á referir algunas á Vds. que por lo ridículas y supersticiosas creo les han de llamar á Vds. la atencion. Cuando los bagobos tienen un mal presentimiento, para lo cual basta que vean una culebra dentro de casa, que se les rompa la olla en el fuego, etc., acuden á su Matanom, para que éste conjure la desgracia con su grande saber. El Matanom, que conserva las costumbres y religion de sus antepasados, hace con un cuchillo un muñeco, con figura de hombre, y dirigiéndose á Dios dice las siguientes palabras: «Dios, Tú que lo mismo criaste los hombres que los árboles, y que todas las cosas; no nos quites la vida, y recibe en cambio este madero, que tiene nuestra figura.»

Despues de esta ceremonia, con el muñeco ó sin él, sueltan al agua una pequeña bolsa con un poco de morisqueta ó arroz, y á veces ponen también un gallo, y así creen haber despedido la enfermedad. Cuando están enfermos hacen el Dioata en su tambaro, que consiste en un plato sobre una caña plantada en el suelo, en cuyo plato ponen buyo, bonga, cal y tabaco, diciéndole á Dios: «Esto te ofrecemos: danos la salud.» Cuando visitan á un enfermo, tienen costumbre de ponerle manillas de alambre en las muñecas ó en las piernas, para que no se salga el alma, que ellos llaman limocod. Y cuando se muere alguno no le entierran sin ponerle su arroz para comer en el camino. Cuando recogen la cosecha de arroz ó maíz, dan sus primicias al Dioata, y no comen ellos, ni venden un grano, sin haber hecho comer antes á sus hachas, bolos y demás herramientas que usaron para limpiar las sementeras. El canto del limocon es para ellos el aviso de Dios. Es de buen ó mal augurio según las circunstancias. Así, cuando canta el limocon, todo bagobo se para y mira á su alrededor. Si ve, por ejemplo, un árbol caído, le dice el limocon que si prosigue andando, le espera la suerte de aquel árbol caído, y vuelve atrás. Si no ve cosa particular que le indique ó pronostique mal alguno, continúa, pues entonces el canto del limocon es bueno. El estornudo es para ellos siempre mal limocon, y así si por casualidad estornuda alguno cuando iban á salir, se aplaza la salida para otro día.

Entre los bagobos no suele haber muchos robos, porque ellos descubren fácilmente al ladron con su célebre Bongat. Consiste éste en dos cañutos pequeños de caña en los cuales hay unos polvos misteriosos. El que ha sido robado y quiere saber quién es el ladron, coge un huevo de gallina, le hace un agujero, mete en él un poquito del citado polvo, y le deja en el fuego. Si quiere que el ladron muera, no tiene más que romper el huevo; pero como á veces puede ser un pariente ó persona querida el que roba, ordinariamente no se rompe el huevo, para que haya ó pueda haber remedio; pues de todos modos al hacer esta operacion, si existe el ladron, donde quiera que esté, él mismo se descubre, gritando: «yo soy el ladron, yo soy el ladron...» obligado por el dolor agudo que siente en todo el cuerpo. Cuando se descubre, puede curarse, poniendo polvos del otro cañuto en agua, y bañándose con ella el cuerpo. Esto es aquí muy frecuente entre infieles y moros, y un bagobo que se convirtió, llamado Anás, me dió el Bongat con el cual tenía asustada á mucha gente, siendo infiel. Yo no he hecho sobre esto ninguna prueba y sólo procuro ridiculizarlo; pues no merece otra cosa. Sin embargo, trabajo me ha de costar el quitarles la fe que tienen en el Bongat, según lo convencidos que veo están de su virtud, cristianos é infieles.

Aquí vendria al caso escribir á Vds. unas historias ó leyendas bagobas muy curiosas, pero para hacerme entender seria preciso antes escribir un largo preámbulo, para lo cual no tengo tiempo ahora, dejándolo para otra vez. Quisiera decir algo á Vds. sobre las otras razas de infieles que tenemos en esta Mision. Los bilanes son sin duda los infieles más trabajadores de cuantos pueblan estos montes. Esta raza tendrá unas 20,000 almas próximamente, dividida en varias y numerosas Rancherías, desde el rio Bulatucan hasta la bahía de Sarangani, ocupando las hermosas vegas del interior, en donde cogen mucho arroz. Tienen algunas de las costumbres de

los bagobos sus vecinos, pero les separa el lenguaje que es muy diferente, y la natural animosidad que arma siempre al infiel salvaje con el salvaje y á una raza contra otra. Los bilanes son muy inteligentes, y algunos que se han bautizado dan buena prueba de sí. Mas aunque me cause mayor pena el decirlo, como es una raza que merece nos intereseamos todos por ella por ser numerosa y capaz de recibir la luz y civilizacion evangélica, debo participar á Vds. que esta raza de infieles no tiene aún Reduccion alguna, ni ha oído jamás un Padre misionero que hable su lengua. Y basta por hoy. Otro día les hablaré de los tagacaolos, manobos y atas. Entre tanto rueguen Vds. al sagrado Corazon de Jesús por todos ellos y por su afectísimo hermano y siervo en Cristo,

MATEO GISBERT, S. J.

—El día 13 de noviembre entregó su alma á Dios con muy edificante muerte en Paoay, Ilocos, en donde era cura el R. P. Fr. Elías Suárez, natural de Mieres, Asturias. Profesó de votos simples en el Colegio de Valladolid el 6 de noviembre de 1870, y de votos solemnes en el de La Vid en diciembre de 1873.

En todo el tiempo que vivió en la Corporacion fué tan observante de las obligaciones de religioso, que nunca los superiores hallaron en su conducta intachable la más mínima falta, y parecia una copia viva de las Reglas. Humilde, y muy afable con todos, no obstante su natural genio fuerte, que contenia con suma diligencia, siempre se le veia ocupado en cosas de piedad y siempre tan puntual, diligente y exacto en todos los ejercicios de religioso, y practicaba las obras buenas con tal alegría, que la virtud en él parecia naturaleza más bien que don adquirido.

El continuo recogimiento, oracion y presencia de Dios le hacian ser tan compuesto en el exterior, que jamás levantó la vista á no obligarle alguna necesidad, y edificaba á todos con sus conversaciones, que nunca versaban sobre cosas frívolas ni livianas, sino sobre asuntos de virtud y ciencia, ó de otras cosas correspondientes á su estado.

Sintióse con vocacion decidida á las Misiones, y por eso y sus bellas cualidades los superiores le designaron por uno de nuestros primeros misioneros restauradores de las antiguas Misiones agustinianas en China, y fué de los fundadores de la Mision de Hu-nan septentrional, que nuestro Santísimo P. Leon XIII se dignó conferir á los Agustinos, erigiéndola en vicariato apostólico en 1879.

Los trabajos, persecuciones y fatigas que aquí padeció, no es posible encerrarlos en esta pequeña noticia. Recorrió muchos miles de leguas por rios apenas navegables, en embarcaciones pequeñísimas, y siempre de noche para no ser descubierto, y poder administrar los Sacramentos á los neófitos. Viajó por sendas casi intran-sitables, y tuvo que ocultarse en muchas ocasiones en los montes y sementeras, sitios húmedos y malsanos, para evitar la persecucion: y en una de ellas estuvo un mes escondido en una pequeñísima embarcacion, en que sólo cabia acostado, y sin tomar más alimento que calabazas y un poco de vinagre, de donde le resultaron unas calenturas palúdicas tan pertinaces, que se vió precisado á ir á Filipinas á curarse de ellas, y reparar algo su muy quebrantada salud (1).

(1) En el Museo del Colegio de Valladolid conservamos un edic-

Volvió al vicariato á trabajar con el mismo celo que antes, y tuvo que ejercer el oficio de provicario apostólico; pero quebrantadas sus fuerzas por el trabajo excesivo, y agravados sus habituales padecimientos, se vió en la necesidad de retirarse de nuevo á Filipinas, y se encargó del curato Mision de Paoay en Ilocos Norte, en donde le sobrevinieron unas viruelas malignas con fiebre tan intensa, que en pocos dias le condujeron al sepulcro á la edad de 33 años, pues habia nacido el día 31 de octubre de 1852.

—Tambien bajó al sepulcro el día 4 de diciembre de 1885 tras una rápida y aguda dolencia que le sobrevino en el convento del arrabal de Tondo, donde se hallaba hace algun tiempo, el M. R. P. Prior Fr. Isidoro López.

Habia nacido el P. López en Roa, obispado de Osma, provincia de Burgos, el año 1829, y profesó en el colegio de Valladolid á la edad de veinte años, pasando luego en 1852 á las islas Filipinas, donde desempeñó la cura de almas en los pueblos de Elcano en el 53, de Cabiao en el 54, y en Santo Tomás, Santa Ana y otros de la Pampanga desde el año 1860, y últimamente en el de San Fernando de la misma provincia.

El año de 1853, cuando la sublevacion del cabecilla Cuesta, hallábase de Vicario aprendiendo idioma con el P. Matías Novoa, en San Isidro de Nueva Ecija; y por no acceder á los deseos de los sublevados, fueron presos é incomunicados el Padre Prior y su Vicario, los cuales, persuadidos de que aquella era su última hora, se preparaban á morir como buenos religiosos; pero gracias al voto unánime de los indios, que al proponerles el jefe su resolucion, todos aclamaron: «Deja, deja á los Padres, y no te metas con ellos;» fueron puestos en libertad, y bajaron á Manila á dar parte á las autoridades de lo que ocurría.

El cual suceso demuestra el respeto de los indígenas de Filipinas á los ministros del Señor, y el prestigio de que gozan entre ellos los Religiosos.

Obtuvo los oficios de Prior Vocal y Definidor en la Corporacion; y murió bien dispuesto y preparado con todos los auxilios de nuestra Santa Madre la Iglesia.

NOTICIAS DE LA PROPAGANDA.



OR haberse agrandado el Montenegro á consecuencia de la guerra y del subsiguiente tratado de Berlin, ha crecido mucho la poblacion católica de aquel Principado, pues en el primitivo estado de Montenegro habia muy pocos católicos. Preocupándose la Santa Sede de este nuevo estado de cosas, trató, por medio de su Nuncio en Viena, secundado con muy buena voluntad por la diplomacia austriaca, con el Príncipe de Montenegro para terminar con él un Concordato de ventajosa tutela para los nuevos súbditos católicos del príncipe Nikita. Las negociaciones se han llevado á buen término felizmente, así es que dentro de poco se firmará en Cetigne un Concordato por el cual se asegura á los católicos montenegrinos la libertad del culto

to en caracteres chinos, que publicaron contra el P. Elías y demás misioneros condenándolos á pena de muerte, y poniendo á precio sus cabezas, cuando intentaron entrar segunda vez y establecerse en la ciudad de *Sian-Te-Fu*, despues de haber sido apedreada la pequeña embarcacion que los condujo á aquella capital.

y se asignará por aquel Gobierno una dotacion al Obispo de Antivari.

La sagrada Congregacion de *Propaganda Fide* ha publicado aquel *Anuario de las Misiones* escrito en lengua latina, anunciado desde hace algunos meses. Este trabajo ha costado muchos cuidados y fatigas habiendo tenido que pasar revista á todo el inmenso archivo de la Propaganda para sacar la parte histórica de las Misiones y de su fundacion en los diversos países del mundo. Para algunas noticias estadísticas han tenido que pedirse datos á los Vicarios y Prefectos apostólicos ó á los Obispos de puntos de Mision, frecuentemente muy lejanos.

La obra está concluida y si bien alguna de sus partes no ha resultado completa del todo en este primer año, es, sin embargo, tal que hace tributar justamente grandes elogios á quien la ideó y á quien ha tomado parte en su compilacion. Los católicos de todo el mundo se interesarán grandemente de aquí en adelante por la obra fecunda y civilizadora de nuestras admirables Misiones; y las noticias referentes á ellas que de tanto en tanto publicaban los periódicos eran, y son hoy leídas siempre con gran interés aun por los menos amigos de la Iglesia. Faltaba, no obstante, una publicacion anual, oficial, segura, que permitiese dar una mirada general á las Misiones y diese á conocer todo su valor é importancia; y á esta necesidad y deseo del mundo católico han proveido el Sr. Cardenal Simeoni, prefecto, y Mons. Domingo Jacobini, secretario de la Congregacion de Propaganda, con este Anuario.

Despues de un docto prefacio en el cual se expone, por así decirlo, la parte romana de la Propaganda, con sus Congregaciones y Consultas, con sus oficinas y sus Colegios, con su tipografía poliglota, con su Museo etnográfico, etc., vienen las indicaciones históricas y estadísticas de las Misiones:

1.º Del Asia, con sus grandes divisiones de China, regiones adyacentes á China, Indo-China, Indias Orientales, Persia, Turquía asiática, Arabia, Malesia y Batavia.

2.º De África, tambien con sus grandes divisiones de África septentrional (Egipto, Marruecos, Trípoli, Túnez); de Africa oriental (Abisinia, Galla, Zambese, Zanguebar); de Africa meridional (Natal, Cabo de Buena Esperanza, Orange); de Africa occidental (Benin, Cimbebasia, Congo inferior, Costa de Oro, Dohoméy, Gabon, Niger, Sahara, Senegambia, Sierra Leona); de Africa central (Congo superior, Lagos ecuatorial, Nianza, Tanganika, Sudan), y finalmente del Africa insular (Annobon, Madagascar, Mayote, Puerto Luis, islas Seychelles).

Siguen los lugares de Mision en Europa con sus divisiones de Grecia, Península balcánica, Alemania, (Anhalt, Schleswig-Holstein, Sajonia, etc.), Dinamarca, Holanda y Luxemburgo; Inglaterra, Escocia, Irlanda, Suecia, Noruega, Gibraltar y Candía.

Sigue despues la América septentrional con sus grandes divisiones de los Estados-Unidos, Antillas y Guyana y del Canadá.

Al final está la Oceanía; esto es, la Australia y la parte insular oceánica con sus islas Carolinas, Auckland, Wellington, Fidji, Marquesas, la Melanesia y Micronesia y la de Oceanía central con las islas de los Navegantes, Sandwich y Taiti.

La China tiene 29 vicariatos apostólicos; 14 las re-

giones de la Indo-China, ó lo que es lo mismo, la Birmania, Cambodge, Cochinchina, Siam y Tungkin; tienen 8 las regiones adyacentes á la China (Corea, Japon, Manchuria, Mongolia, Thibet); 21 tienen las Indias-Orientales; la Persia tiene un Administrador apostólico: la Turquía asiática dos arzobispados, un Patriarca, un Vicariato apostólico; y tres Prefecturas; la Arabia tiene únicamente la Prefectura de Aden; Borneo y Batavia tienen un vicariato y una Prefectura.

El Africa en todas las regiones que dependen de la Propaganda (la Argelia es independiente) tiene un Arzobispado (Cartago de nueva creacion), 17 vicariatos, 11 prefecturas, una delegacion, á más de las Misiones especiales del Congo Superior.

La Grecia tiene tres arzobispados (Atenas, Corcira, Naxos) y sus diócesis.

La Península balcánica cuenta tres archidiócesis, ocho diócesis y dos vicariatos.

Las Misiones alemanas tienen tres vicariatos y dos prefecturas; tiene una prefectura la Dinamarca; la Holanda y el Luxemburgo cuentan con un arzobispado y cinco diócesis; dos prefecturas hay en el país de los Frisones y en la Rezia de Suiza.

La Inglaterra tiene una archidiócesis y 14 diócesis, la Escocia dos y cuatro respectivamente, y cuatro Arzobispos y 23 Obispos Irlanda.

En el Canadá hay cuatro archidiócesis, 19 diócesis, tres vicariatos y tres prefecturas.

Los Estados-Unidos del Norte de América están divididos en 12 provincias eclesiásticas con otros tantos Arzobispos, 55 Obispos y 7 Vicarios apostólicos.

Las Antillas y las Guyanas tienen un arzobispado, una diócesis, cuatro vicariatos y una prefectura. Tambien hay establecidos en la Patagonia un vicariato y una prefectura.

La Australia, que ha hecho rápidos progresos en el Catolicismo, ha podido constituirse en dos provincias eclesiásticas, con dos Arzobispos (Melburne y Sidney), 12 Obispos y un Vicario apostólico.

En la Oceanía insular hay tres diócesis, seis Vicarios y un Prefecto apostólico.

Estos son los grandes cuadros, como se diria militarmente, del ejército apostólico en los puntos de Mision.

CRÓNICA.

Roma.—Por estarse tratando todavía entre la Santa Sede y Francia de allanar las dificultades en mal hora suscitadas por el Gobierno francés á consecuencia de la representacion diplomática de la Santa Sede en Pekin, ha sobrevenido un retardo para el envío de este representante del Papa, pues saliendo dentro de pocos meses de la menor edad el joven Emperador de China, se juzgará prudente esperar hasta despues de este acontecimiento.

—La Sagrada Congregacion de Ritos ha celebrado en estos últimos dias una sesion ordinaria para examinar las causas de beatificacion y canonizacion de los venerables siervos de Dios Fr. Honorato de París, religioso capuchino; Francisco Pablo Liberman, fundador de la Congregacion del sagrado Corazon de María; y Vicente Pallouti, romano, fundador de la Sociedad piadosa de las Misiones.

—La Congregacion romana de la Propagacion de la

fe ha sido invitada á tomar parte en la exposicion colonial que la reina Victoria ha inaugurado en Londres. La Congregacion ha remitido los objetos siguientes: la carta geográfica del mundo, de Diego Rivero, de 1529, original en pergamino; un album de los establecimientos católicos de Australia; una copia grabada del mapamundi del siglo XV, cuyo original en cobre se conserva en el museo, y un Atlas de las Misiones católicas con veinte cartas geográficas. En la carta de Rivero se ve la línea de demarcacion indicada por el papa Alejandro VI para evitar el conflicto entre España y Portugal con motivo de la dominacion en los países del Nuevo Mundo.

China.—El *Hijo del cielo*, como llaman á su sobera-

campesinos pudieron acercarse al palanquin imperial, postrándose en tierra.

Debe advertirse que el emperador viajaba con la emperatriz, y que ambos podian ser vistos, toda vez que el palanquin tenia anchas ventanas de transparente cristal.

Africa ecuatorial.—Hé aquí una consoladora carta del Rdo. Livinhac, vicario apostólico de Nyanza, á los directores de la Obra de la Propagacion de la fe:

«San José de Kipalapala (Uyanyembé) 18 de diciembre de 1885.

«Salí de Argel en el mes de mayo último para ir á mi lejana Mision, y hago constar con alegría que, despues de mi marcha, la Mision ha hecho los más conso-



NIGER.—Sacrificio humano para cimentar la paz. (Pág. 246).

no los chinos, ha visitado en el mes de abril la tumba de sus mayores.

Segun las costumbres de aquel remoto país, del cual sólo conocemos á ciencia cierta lo que han averiguado nuestros heróicos y sabios misioneros, el emperador no puede andar á caballo en público, y es de rigor que camine en palanquin.

El jóven soberano ha hecho el viaje en palanquin, sostenido por 16 hombres de la misma estatura, y escoltado por 20,000 soldados.

Antes de salir de su palacio el emperador, prevínose al vecindario que se retirase de las calles, órden que fué puntualmente obedecida, pero la natural curiosidad de los habitantes de Pekin pudo satisfacerse gracias á los agujeros abiertos en las fachadas de las casas.

Ya en el campo, la consigna fué menos severa, y los

ladores progresos. A el lado de la casa primitiva se eleva una vasta construccion edificada de ladrillos secos al sol.

«Los huérfanos, en número de 75, se miran como hijos de una misma familia y desempeñan con un afan admirable todos los trabajos á los cuales les dedicamos.

«Todos desean recibir el bautismo, pero nosotros nos hemos impuesto la regla de mostrarnos difíciles en este punto. Tampoco por Navidad conferí la confirmacion más que á 22 de los más instruidos y piadosos.

«En Nuestra Señora de Kamoga en el Bukumbi, al Sur del lago Nyanza, los habitantes, que son de un carácter frio y de una inteligencia algo corta, no vienen en muchedumbre á nuestras instrucciones. El misionero debe procurar ganar las almas á Dios una á una por evangelizacion. Por hacerse más lentamente no se hace con menos seguridad. El P. Giraut ha podido

agrupar á su alrededor cinco ó seis familias cristianas que le dan los más grandes consuelos. Una treintena de huérfanos arrancados de la esclavitud completan la pequeña cristiandad. El reyezuelo de Bukumbi y los de las tribus vecinas se declaran altamente amigos de los misioneros, y esperamos que la gracia les ayude y concluyan por adorar el Dios que nosotros predicamos.

«Muanga, sucesor de Mtesa sobre el trono de Uganda, se ha apresurado á hacer saber á los misioneros residentes en el Sud, que las puertas de su reino les estaban abiertas. Al mismo tiempo la muerte de Mirambo causó en las tribus, reunidas en una clase de imperio por su talento y bravura militar, turbaciones que no se podían prever al fin, y que hacían la Misión muy difícil si no imposible. El P. Lourdel recibió orden de alejarse por algún tiempo de este desgraciado país, devastado por la guerra, y de dirigirse á Nyanza. Algunas semanas después de su llegada á el Bukumbi, una pequeña flota compuesta de veinte piraguas, enviada al encuentro de él por Muanga, le llevó á Uganda con el P. Giraut y el H. Amaans.

«Hé aquí en extracto una carta que he recibido y que está fechada en Rubaga el 20 de julio:

«Vednos aquí instalados en la pendiente de la colina de Rubaga, próximamente á unos dos kilómetros de la residencia real, en medio de una grande platanera que nos ha sido dada por el rey. Muanga está satisfecho de nuestra llegada. Los principales de nuestros neófitos y catecúmenos le son conocidos. Deja á todos sus súbditos la más grande libertad á causa de nuestra Religión, y al mismo tiempo parece preferir á los que hacen profesión de practicarla, pues da cargos importantes á varios de nuestros cristianos, y sus dos hombres de confianza son José y C. Ahora no se ocultan como otras veces: así es que mi casa es muy pequeña para contener el numeroso auditorio que por mañana y tarde no cesa, por decirlo así, de sitiarnos. Testifico con alegría que casi todos los que habíamos inscrito, no solamente no han decaído sino que han hecho numerosos prosélitos. André, llegado á ser Mahomi (jefe) después del advenimiento de Muanga, él solo ha reunido á su alrededor 150 catecúmenos. Sabiendo mi llegada se ha apresurado á demostrarme su alegría enviándome una diputación á saludarme y ofreciéndome una cabra, una buena provisión de plátanos y telas de corteza de árbol.

«Todos os esperamos con impaciencia y os edificamos un palacio episcopal con las más bellas cañas del país. Apresúrese, pues, en venir: es urgente aprovechar las buenas disposiciones del rey. Enviad el mayor número posible de misioneros; diez no serán muchos.»

«Ya me será difícil el satisfacer este último deseo del P. Lourdel. La pobreza de nuestros recursos, la falta de obreros apostólicos no me han permitido enviar nada más que cuatro nuevos misioneros. Me veo en la necesidad de dejar uno en el orfelinato de San José de Kipalapala, y otro en Nuestra Señora de Kamaga, lo que reducirá á dos el número de misioneros que me acompañará al Uganda.

«Después de las últimas cartas fechadas en los meses de agosto y setiembre, las buenas disposiciones de Muanga no se desmienten y la Misión prospera siempre. El joven rey, queriendo hacer la visita de su reino, ha rogado al P. Lourdel le acompañase.

«Esta invitación es un gran testimonio de confianza.

El Padre no ha podido rehusar, y por consiguiente ha dejado á Santa María de Rubaga por seguir al rey. Su viaje no duda rendirá gloria á Dios y mayor bien á las almas.»

Filipinas.—Doscientos noventa y ocho años han transcurrido desde que el V. P. Fr. Bernardo de Santa Catalina, del Orden de Predicadores, pisó por vez primera la provincia de Pangasinan, acompañado de otros cinco Religiosos del mismo Orden, predicando el reino de Dios. Esta provincia, distante treinta leguas de Manila, situada al Norte de la isla de Luzon, estaba abitaada por gente salvaje é indómita, que opuso tenaz resistencia á la predicación de los misioneros. De prueba fueron para estos Padres los tres primeros años de su entrada; pues el demonio, previendo la pérdida de tantas almas que le rendían abominable culto, movió contra ellos incesante guerra, por ver si desconfiados del éxito trasladaban sus reales á otra provincia. Mas ellos, firmes en su propósito de ganar para el cielo aquellas almas infieles, y prefiriendo el martirio y la fuga, pasados entre mil penalidades los tres primeros años, vieron, por fin, brillar la misericordia del Señor y el patrocinio de la Virgen en el cambio saludable de estas gentes que, desengañadas y edificadas con la vida santa de los Padres, abrazaron luego la fe cristiana.

«La devoción del Rosario, arma favorita de los misioneros, arraigó de tal manera en el corazón de los pangasinanes, que desde aquella fecha hasta el presente ha sido y es la gran devoción de toda la provincia. Apenas habrá una sola persona que no lleve patentemente sobre el pecho, en público como en privado, esta santa divisa de los amantes de la Virgen; cosa que llama grandemente la atención de los forasteros. Raro es el día que el pangasinán se acueste sin rezar, por lo menos, una parte del Rosario. Hasta los niños más tiernos saben rezarlo perfectamente con sus misterios y respectivos ofrecimientos. En todas las necesidades, aprietos y desgracias, el Rosario es la oración obligada de todos. En los novenarios que acostumbran hacer después de la muerte de algún vecino ó pariente, mañana y tarde no se oye más que este rezo. Esto sin contar el que todos los días, al amanecer y anoecer, se reza públicamente en la iglesia.

En octubre se hace suntuosa novena á la Reina del Rosario, durante la cual raros son los que dejan de asistir y confesarse, y se celebra procesión solemnísimá á que todos se creen obligados á asistir, adornando las calles con arcos triunfales y vistosas colgaduras. El alma del misionero queda con esto grandemente consolada.

Oceania.—Una de las islas que forman el archipiélago de Sandwich encierra una extraña colonia: la de los leprosos. La horrible epidemia importada de Oriente causaba numerosas víctimas, y hubo que separarlas de la sociedad, relegándolas á un punto donde vivieran incomunicadas. Este punto es la isla de Molokai. Allí llevan una existencia miserable las pobres criaturas atacadas de la lepra, y que no tienen la menor esperanza de curarse. Cuando se decidió hace veinte y cinco años fundar la colonia, fué preciso pensar en las necesidades espirituales de los infortunados condenados á formar parte de ella. Pero ¿quién podía resignarse á vivir en ese infierno en medio de espantosas miserias? Recur-

rióse á los pastores protestantes, y éstos se negaron á ir á Molokai. Entonces presentóse un sacerdote católico, un héroe de la caridad, el P. Damirn, quien echó sobre sus hombros la pesada carga. Más de veinte años hace que este P. Damirn es el apóstol de la colonia, de la que no se ha separado, prodigando infatigable todos los consuelos de la religion á los leprosos y exponiéndose mil veces á contraer la lepra. Dios sólo conoce lo que ha debido sufrir en todo ese tiempo el P. Damirn, quien escribía últimamente: «No puedo ir á Honolulu, porque estoy atacado de la lepra. Los microbios se han adherido á mi pierna izquierda y á mi oreja; las cejas han empezado á caérseme, y pronto quedará desfigurado. No abrigando la menor duda sobre el carácter de mi enfermedad, permanezco tranquilo y resignado. Dios Todopoderoso sabe lo que conviene á mi satisfaccion, y en esta confianza repito diariamente de todo corazon: *Fiat voluntas tua.*»

No se puede llevar más lejos el espíritu de sacrificio y de abnegacion; pero si bien se considera lo que hace en la isla de Malokai el P. Damirn, es lo que hacen en los hospitales los ángeles que conocemos con el nombre de Hermanas de la Caridad.

Oran.—Una jóven africana, hoy postulante de las Hermanas de la Compañía de santa Teresa de Jesús, escribe de Oran la siguiente interesante carta al reverendo D. Enrique de Ossó, Pbro.:

«Reverendo Padre: Me cabe la gran satisfaccion de explicarle un viaje que he hecho con dos Hijas de la gran Teresa de Jesús, al interior de Africa.

«El dia 26 de abril, época en que la naturaleza está tan encantadora, que por todas partes se ven reverdecer los campos y que parecen estar alfombrados de flores tan diversas y tan bellas, manifestándonos con sus olorosos perfumes la alegría con que sirven á su Criador, despues de haber meditado profundamente los sufrimientos de la muerte y Pasion de nuestro Señor Jesucristo y haber cantado el solemne alleluia, partimos la segunda fiesta de Pascua á las seis de la mañana. Llegamos á la estacion, donde había muchos viajeros que iban á pasar este dia en la campiña, ó sea á comer la *mona*, que tambien se usa en Africa la costumbre de España. Nosotras continuamos nuestro viaje hácia Tlemcen. Llegamos á Ain-Temouchent, pueblo el más importante que hay desde Oran á Tlemcen por reunirse allí las producciones y ganados de los alrededores para el comercio, y que está á la mitad del camino. Allí bajamos porque el tren no va más allá.

«Al salir de Ain-Temouchent no se encuentran más que montes y barrancos. Hay en las montañas unos senderos muy estrechos, por donde pasan los pastorcillos moros; algunos ganados por las cumbres ó faldas del monte; algunas tribus compuestas de unas cuantas familias, y en vez de casas tienen *jaimas*, es decir, una especie de tejido de palmera que hacen las mujeres; en esta especie de tienda de campaña moran la familia y los animales; al rededor hay un cercado de espinos, y aquí ponen el ganado; de cuando en cuando encontramos algun pueblo francés, y en la distancia del uno al otro, éste era el único espectáculo que se presentaba á nuestra vista.

«Hácia las seis de la tarde distinguimos un pueblecito situado á la falda de un monte, cuya torre colocada al medio y que domina sobre las demás casas, nos hizo

conocer que este era un pueblo moro. En lo más alto de la torre hay el lugar donde el hijo de Mahoma llama á sus hermanos á la oracion á ciertas horas del dia. ¡Pobres mahometanos! envueltos en las tinieblas de la ignorancia, se creen los más felices del mundo; oran y se mortifican más que nosotros los cristianos, y eso que no tienen á Cristo por modelo.

«Llegamos á Tlemcen: su aspecto da una santa alegría; el verdor de sus campos, los variados árboles, sus cascadas, y sobre todo los olivos de un verdor eterno. En Tlemcen es donde se hace la más grande cosecha de aceite; este espectáculo se presentó á nuestra vista despues de haber pasado siete ú ocho horas de tristísima soledad entre montes y barrancos; y esto dió al cansado viajero un contento inexplicable.

«Fuimos á visitar la poblacion: la primera calle que pasamos todo eran moros, apenas se veía algun europeo. La mayor parte de las calles son estrechas y las casas al estilo moro; sin embargo, las plazas y las principales calles del centro de la poblacion están construidas por los franceses.

«Es Tlemcen un pueblo muy antiguo; si su historia se pudiese saber con todos sus detalles sería muy curiosa. Las ruinas que en él se ven atestiguan su antigüedad y su grandeza. Este pueblo ha sido edificado y destruido muchas veces. Al tiempo que los moros estaban con todo su orgullo y su poder, es aquí donde estaba el palacio del rey. Todavía se ven las ruinas cerca de un pueblo llamado Mansurah. La poblacion se compone la mayor parte de moros y judíos, pero moros sobre todo, pues la llaman «su ciudad santa.»

«Despues fuimos á Bu-Medin, pueblo distante media hora de Tlemcen. Sus calles tienen un metro de anchas ó estrechas!! más parecen senderos de las montañas, pues tan pendientes son; es menester mucha cautela para no resbalar. Las casas son antiquísimas y muchas no son más que ruinas. Aquí si que se ve un pueblo mahometano por los cuatro costados: por todas las calles se ven cuadrillas de niñas, moros todos, todos aquí son moros. Al mirarlas pensábamos en sus almas, ¡ah! y cuántos hay sentados en las sombras de la muerte y nadie que los pueda despertar y apartar del precipicio en que todos van cayendo.

«Nos dirigimos hácia la mezquita, que es la única maravilla que les queda á los moros de su antigua grandeza. La mezquita es grande y espaciosa; las paredes están esculpidas; aquí se reúnen los moros más fervorosos los viernes y demás dias festivos; aquí es donde hacen sus principales ceremonias. El sacristan que cuida de la mezquita, nos condujo al santuario donde está el sepulcro de Sidi-Bumedin, patron de este pueblo. Entrámos por una puertecita, y despues de haber pasado un corredor, donde en una parte y otra no se ven más que sepulcros, nos encontramos en un patio en el cual está el pozo sagrado. Despues el sacristan nos abrió otra puerta y nos hizo entrar en el santuario. Es el lugar más sagrado, y no entran aquí los moros sino con muchísimo respeto; tienen una grande fe y una devocion extraordinaria hácia su *marabú*, lo cual nos atestigua los muchos regalos que le hacen de banderas, y algunas riquísimas. (Estas banderas las socan los moros los años de sequedad, y en procesion por las calles, y van pidiendo al cielo que derrame sus aguas sobre la tierra). Las paredes están tambien esculpidas de arabescos. Todo esto no nos inspiraba sino una profunda tristeza, porque

este pueblo ciego no tributa más que honores y homenajes á un discípulo de Mahoma, y es una gran lastima que todo esto no se dirija hácia el Dios verdadero.

«Subímos á lo más alto de la torre. Magnífico sobre toda ponderacion fué el cuadro que se presenta á la vista, porque desde allí se ve toda la campiña, y este es un aspecto muy encantador á las últimas horas de una tarde abril...

«Hasta aquí lo material. Visitámos las familias españolas: así que llegánon entonaron el *Magnificat* en accion de gracias, y tuvieron un gozo inexplicable al ver las Hermanas de su patria, las hijas de santa Teresa; pues días há que con ansia las esperaban. Muchas mujeres decian delante de sus esposos: «A ser ahora la época «de nuestro enlace no lo verificaríamos; más prefirié-
«ramos irnos con las Hermanas españolas.» Las niñas decian: «Mamá, yo recogeré muchos sueldos, y si un día «falto de casa piensa que estaré en Oran con las Herma-
«nas españolas de santa Teresa, pues yo no quiero estar «aquí, y si tú no quieres me iré sin decirte nada.» Una hermanita mia vino al colegio de santa Teresa en Oran.

«En fin, todos quedaron ansiosos de servir fielmente á Dios; las niñas con el entusiasmo, las mujeres con el pesar, y los hombres con el deseo de ser teresianos. Las Hermanas repartieron algunas estampas y otros objetos de santa Teresa, y quedaron muy contentos. ¡Cuántas almas, mi reverendo Padre, no sirven á Dios porque no hay quien les dé la mano! Hay mucha viña para cultivar y no hay obreros para cultivarla. ¡Pobres almas! ¡Pobre Jesús y pobre Iglesia! Y con el dolor en el corazón se queda esta su sierva é hija rogando al Padre de familias que envíe muchos obreros y obreras para cultivar su mies.

OBRA DE LA SANTA INFANCIA.

El admirable celo que despliega Leon XIII por la educacion de los niños, nos ha traído á la memoria esta obra que Su Santidad se ha dignado aprobar y bendecir, renovando las gracias que en favor de sus asociados concedieron sus antecesores Gregorio XVI y Pío IX. Esta caritativa *Obra* fué fundada en París en 1843, con el objeto de rescatar y salvar á los niños infieles de la China y demás países idólatras. Pueden formar parte de ella todos los niños de ambos sexos desde la más tierna edad hasta la primera comunión, y pasando de ésta, continúan siendo miembros agregados hasta los veintiun años. Las obligaciones son: 1.º, dar la limosna de cinco céntimos mensuales; 2.º, rezar todos los días una Ave María con la jaculatoria siguiente: *Virgen María, ruega por nosotros y por los pobrecitos niños infieles*. Cuando el niño, por ser demasiado pequeño, no está en disposición de rezarla, puede suplirlo su madre ú otra persona de la familia.

Las indulgencias concedidas, á más de 100 días que se ganan cada vez que se asiste á uno de los consejos de la asociacion, hay una *plenaria* que se gana desde Natividad á la Purificacion, y otra igualmente *plenaria* aplicable á los difuntos desde el segundo domingo despues de Pascua hasta fin de mayo. Para ganar estas indulgencias es preciso oír una Misa rogando por el fin de la asociacion y comulgar en ella; mas los niños que no hayan hecho la primera comunión, deben á lo menos

confesar. Además, recibiendo igualmente los santos Sacramentos y rogando por el acrecentamiento de la obra, puede ganarse indulgencia *plenaria* en todas las fiestas de los Patrones de la Obra, que son: La Presentacion de la Virgen, los Angeles Custodios, San José, San Francisco Javier y San Vicente de Paul.

Esta Obra deberia recomendarse sobre todo en los colegios católicos y en las familias cristianas favorocidas por Dios con numerosa prole.

EL XV CENTENARIO DE LA CONVERSION DE SAN AGUSTIN,

AUGURIO DE UNA GRAN CONVERSION.

¡Cuán ciego era yo! En el sendero del orgullo buscaba lo que encuéntrase sólo en la vía de la humildad.

(S. Ag., serm. LI, c. 5).

El domingo, 16 mayo, en Bona, ciudad de Argel levantada en el sitio y con las ruinas de la vieja Hipona, celebróse con extraordinaria solemnidad el XV Centenario de la conversion del gran obispo y doctor san Agustín. Acudieron, con el Obispo de Constantina é Hipona, el Ilmo. Combes, el cardenal Lavigerie, arzobispo de Cartago y Argel, los Obispos de Marsella y de Oran; la *Bourgogne* llevó allí trescientos setenta peregrinos de Jerusalem; una muchedumbre de quince mil personas llenaron la colina de Hipona, y la hicieron resonar con alegres aplausos al Santo, á los presentes Prelados y al Padre Santo Leon XIII. Las preces y los cánticos sagrados, las pías aclamaciones, el devoto entusiasmo de tantos fieles en las solemnes ceremonias de aquella region, que los musulmanes habian hecho escuálida, rendian testimonio á la fe que allí resucita, haciendo volver los días más gloriosos de la Iglesia africana.

Este acontecimiento, ya tan alegre por sí mismo, estaba lleno de dulcísimo consuelo por lo que significaba. Festejábese la conversion de un gran Santo, que fué al propio tiempo hombre de sumo ingenio, de profunda doctrina y de corazón aún más grande; esta conversion, despues de mil quinientos años, despierta todavía el estremecimiento del gozo en los pueblos, suscita y mueve la fe, aun hoy fecunda como entonces lo fué, no sólo en maravillas, sino en frutos de conversiones siempre nuevas. La historia de la Iglesia registra por desgracia célebres cuanto funestas apostasías; mas éstas, como actos de vileza, ganáronse sólo el desprecio de los contemporáneos, recordándose por la posteridad con horror únicamente: por el contrario, el paso del error á la verdad, del pecado á la gracia, como alegre á los Angeles bienaventurados ya en el cielo, reúne á los cristianos de la tierra en fiesta, que no logra poner en olvido el largo curso de quince siglos.

¡Quiera el cielo que conversion tan celebradísima produzca otra de suprema importancia! El eminentísimo Lavigerie, en su discurso que pronunció el domingo despues de la misa de pontifical, aludió á este gran pecador, que se llama el siglo presente, sacando motivos de invencible esperanza de su retorno á Dios de la misma conversion de san Agustín. Así como ésta fué obtenida por las oraciones incesantes de santa Monica, madre del Santo, la conversion de la dañada y corrupta sociedad se obtendrá si los buenos no desisten de pedir

y llorar delante de Dios. Contra las armas de la impiedad, que parecen insuperables por su fortaleza, contra las falanjes innumerables de incrédulos, sólo la oración puede traer victoria y la traerá. El Santo Padre Leon XIII, como la madre del santo Doctor, sigue al siglo impío en sus aberraciones, llora por él, é invita á los creyentes de todo el mundo á orar: por esto ha promovido el rezo del santo Rosario y la inscripcion en la Tercera Orden de san Francisco; ha prescrito oraciones especiales despues de la santa Misa, y ha publicado un Jubileo general: son armas que pueden parecer á los incrédulos roñosas; pero que no han perdido su eficacia por el transcurso de los siglos. Bien se puede decir de la presente sociedad lo que un Obispo santo de Africa decia con el fin de consolar á la madre afligidísima de san Agustin: *¡No es posible que perezca un hijo de tantas lágrimas!*

UN MONJE EN ARGELIA.

Los monjes y las encinas retoñan siempre,» ha dicho el P. Lacordaire. ¿Quereis saber cómo retoñan los monjes haciendo florecer con ellos una tierra desbastada; cómo, en este siglo, el viejo mundo necesita de ellos, para abrirse al través de otros continentes horizontes nuevos; cómo continúan, ora con la cruz y con la palabra, ya con la cruz y el arado, las conquistas comenzadas por la espada? Podeis preguntarlo al cardenal Lavigerie, ese gran obispo que es tambien un gran francés, y á esos «Padres blancos» por él fundados para ser nuestra pacífica vanguardia, desde la Kabilia hasta Túnez, desde el Mediterráneo hasta el desierto.

Podeis saberlo igualmente de un establecimiento más antiguo. Id allá, cerca de Argel, á la abadia de Staonéli, ó bien, sin salir de vuestra casa, leed la historia de su fundador tal como acaba de ser delineada en un libro corto, variado, palpitante, y que, una vez abierto, no puede abandonarse sin concluirla.

Los esfuerzos hechos para colonizar y fertilizar la Argelia, frecuentemente han sido ingeniosos y animosos. Además, como principian á ser de provecho, no son ya objeto de ingrato é injusto desden. Empero, entre todas esas empresas, la que primero ha triunfado y cuyo triunfo es tambien el más incontestable, es por cierto la fundacion de Staonéli.

En las playas donde nuestros soldados desembarcaron en 1830, no habian los turcos dejado en pié más que un solo árbol, una vetusta palmera de cuatro troncos, bajo la cual sus generales fumaban tomando su café, cuando nuestros primeros jinetes les sorprendieron. En torno de ese árbol, que existe aún, fué donde los limosneros de la armada cantaron dos días despues la primera misa celebrada en el trascurso de tres siglos sobre la africana ribera, y donde hoy día se elevan los vastos y sencillos edificios de la granja y del monasterio cisterciense.

La primera piedra fué colocada por el mariscal Bugeaud sobre un colchon de balas y de obuses recogidos no lejos de allí, en el sitio donde cayera al principiar la expedicion, el hijo del general en jefe, Amadeo de Bourmont; la colina en que el genio de Lamoricière construyera nuestro primer reducio, abriga ahora contra los vientos y el rugido del mar, el asilo de la oracion y del

trabajo; y bajo la mano del monje, la tierra, libre de los salvajes y porfiados arbustos que la ocupaban sin provecho y que no se han dejado arrancar sin resistencia, la tierra, desmontada y cubierta de abundante riego, se viste de variadas y preciosas cosechas. Estas cosechas que son, hoy por lo menos, las más prósperas, no fueron las que se emprendieron al principio.

La tarea del primer abate de Staonéli ha consistido en aclimatar an Argelia á los Trapenses y en domesticar para éstos á los dueños de la Argelia: doble y difícil labor. Necesitábase, con el ardor sobrenatural del celo y de la fe, buen humor y coraje, el conocimiento de los hombres y el arte de manejarles, la prontitud de las resoluciones, la intrepidez de una antigua sangre militar domada, mas no enfriada bajo el hábito, y la vivacidad alegre del carácter meridional. El P. Francisco Regis poseia todas esas cualidades.

Durante los doce años que consagró á Staonéli, su vida se gastó en un perpétuo comercio entre sus religiosos y los jefes militares, los administradores, los diputados, los ministros encargados de la colonia. De ahí el interés, la diversidad, la animacion que presenta su historia. Al lado del blanco hábito del monje encuéntrase, dibujados por fiel y rápido pincel, á todos nuestros generales africanos, desde Bugeaud hasta Pélissier y el duque d'Aumale y, entre ellos, al pintor del ejército de Africa, á Horacio Vernet y Vernet, á quien el P. Regis no supo tan solo ganar el corazón, sino que tambien conquistó su alma para darla á Dios.

De todos los hombres públicos con que el P. Regis tuvo que rozarse, uno solo tal vez sabia de antemano lo que eran y lo que valian los monjes: uno solo, M. de Corcelles, diputado entonces del Orne, vecino de la Gran Cartuja y que visitó la Argelia en compañía de sus amigos Alejo de Tocqueville y Gustavo de Beaumont. En tanto que en torno suyo oia formar planes muchas veces quiméricos de colonizacion, pensaba él en los antiguos desmontadores de la Europa, en los viejos gastadores de la civilizacion cristiana, y á su regreso no hubo ya descanso para él hasta hacer esta nueva conquista. Cuando en el siglo XVII se formaba un monasterio, escogíase en el mundo un personaje que aceptase el título de fundador, llegando á ser, en cierto modo, su patron terrestre.

Si aun subsiste esa costumbre, el nombre de M. de Corcelles colocárase junto al del P. Francisco Regis, bajo el título de fundador de Staonéli.

¡Singular arcano de la Providencia! el mismo hombre fué destinado en su recta y generosa carrera para introducir á San Benito en Africa y para conducir nuevamente á Pio IX á Roma. Pero con excepcion de este patriota cristiano, ¿quién, pues, en 1842, conocia á los monjes? ¿Quién no desconfiaba de ellos sin conocerles? ¿Quién se cuidaba de verles en Argelia? No era de seguro el mariscal Bugeaud.

Durante la lucha de los católicos con la Universidad, se le oia decir en Francia: «Yo no sé lo que quiere M. de Montalembert con su libertad de enseñanza y su libertad de Congregaciones. Mi mujer, que es muy devota, jamás me ha hablado de ello, sin embargo.» En Argelia queria él para colonizar, dar tierras á los soldados que se casaran dejando el servicio; plausible proyecto que quizás habria tenido buen éxito si, para ejecutarlo, el mariscal hubiera tenido más tiempo y menos precipitacion. Muy ocupado en formar hogares

militares cuando llegaron los Cartujos, apreciaban en poco á los «colonos célibes.»

Pero, como éstos llegaran, su opinion cambió no bien les hubo visto en la tarea. Porque, en definitiva, eran los mejores colonos, el mariscal, por su parte, se hizo su mejor, su más fiel apoyo. «Tened cuidado, decíanle cierto día, favoreceis á un jesuita.—Aun cuando fuese el diablo, repuso, haré el bien.»

Los sentimientos del mariscal Bugeaud fueron compartidos por los hombres que le rodeaban. Las Ordenes monásticas, barridas por la revolucion, eran todavía ignoradas ó desconocidas por la Francia nueva. Su reciente resurreccion no inspiraba al principio más que sorpresa, temor ó desprecio.

Mas, á medida que se contemplaban más de cerca á esos aparecidos, las sombras se disipaban; los oficiales, los administradores de la colonia más encarnizados en su contra, convertíanse poco á poco en amigos suyos, ó por lo menos tenían á honor el mostrarse justos. ¡Felices tiempos, despues de todo, aquellos en que las preocupaciones se desvanecían ante la experiencia, y en que los gobernantes, por extraños que fueran á las Instituciones religiosas, consentían en juzgar al árbol por sus frutos!

«Ensayad á mis Cartujos,» habia escrito M. de Corcelles al mariscal Bugeaud. Os conjuro á que introduzcáis esa gota de santidad en la caverna africana.» M. de Corcelles fué escuchado y la gota de santidad convirtiéndose en germen de prosperidad.

C. DE MEAUX.

UN RELIGIOSO FRANCISCANO

PRIMER MANDARIN DE CONCHINCHINA.

NADIE ignora la antigüedad de las Misiones franciscanas en las islas Filipinas y el fruto copioso que han recogido de sus trabajos los varones apostólicos de la seráfica Orden. Apenas puede contarse el número de hombres célebres que han florecido en dichas Misiones; y los hechos portentosos de sus vidas son prueba evidente de las grandezas del Señor y de las señaladas bendiciones con que el mismo Dios favoreció al héroe de los pobres, Francisco de Asís, y á todos cuantos, movidos por el ejemplo de sus maravillas, siguieron sus pisadas. Leyendo las crónicas de la seráfica Provincia de San Gregorio de Filipinas, nos ha causado muy grata impresion la vida y proezas de uno de los frailes misioneros, y nos ha sorprendido agradablemente el conjunto y rareza de sus hechos. Es esta la vida de un celoso apóstol que todo lo sacrificó para mayor gloria de Dios y bien de las almas, y con este mismo celo al frente de un ejército que él mismo habia organizado, repuso en su trono á un rey de Cochinchina que los rebeldes habian desterrado.

Llamábase este religioso Fr. Diego de San Benito de Palermo, insigne predicador. Nació en Jumilla el día 16 de setiembre de 1733; abrazó el estado religioso en la Provincia de la Concepcion, profesando el día 16 de julio de 1750; se alistó para Filipinas, á donde llegó el año de 1759; en el mismo año salió para las misiones de Conchinchina, y el siguiente de 1760 escribió la «Historia de su viaje á Conchinchina, con la descrip-

cion de las islas de Puli Condor, Puli Zapata, y ciudad de Batavias.»

Apenas llegó á Conchinchina, se dedicó con gran celo á la conversion de las almas, y utilizando algunos conocimientos que poseia en medicina, hizo curas maravillosas, por lo que llegó á granjearse la benevolencia del Emperador, quien le nombró su primer médico. Su acendrada virtud, su prudencia y amabilidad tomaron tanto ascendiente sobre el Emperador, que confió la educacion de niños, hijos suyos, á fray Diego, dándole el título de maestro Camp-Say, y con este motivo visitaba diariamente el Emperador al misionero, pasando largos ratos en su compañía. Por los años de 1776, un aspirante al trono de Conchinchina se levantó con numerosas fuerzas: de victoria en victoria llegó hasta apoderarse de la capital, y el Emperador se refugió con su familia en la casa de Fr. Diego, quien, ocultándolo sagazmente, salió á la puerta de su morada y arengó á los insurrectos con tanto valor y energía, que desistieron de registrar su casa. En la noche del mismo día en que los insurrectos se apoderaron de la capital, huyó el misionero con la familia imperial, refugiándose en la isla de Hon-Phu-Quoc, donde el Emperador, agradecido á los beneficios prestados por Fr. Diego, le nombró primer mandarin del Imperio, cuyo diploma, en papel amarillo de dos varas en cuadro, se conserva en el archivo del convento de Manila. Mudado repentinamente Fr. Diego de predicador de la paz evangélica en ministro de la Guerra, reorganizó el partido imperial con tan buen éxito, que en 1778 entraba triunfante en la capital de Conchinchina, vencidos todos los insurrectos, y entregaba el Imperio tranquilo á su Emperador. En seguida apercibió el humilde misionero recogiendo sus dispersas ovejas, aprovechando su influencia en beneficio de las almas y desempeñando á la vez el cargo de Comisario provincial de todos los misioneros Franciscanos. Contando 48 años de edad, treinta y dos de perfecto religioso y veinte de apostólico ministerio, lleno de méritos y virtudes, falleció el día 5 de Noviembre de 1781; permaneció seis dias insepulto para satisfacer la devocion de sus neófitos, y en su entierro, que se verificó el día 11 de noviembre con gran pompa y concurso, formaba el duelo la familia imperial, siendo sepultado en la iglesia de Cho-Cuan, donde yacen sus restos venerables.

P. FR. FÉLIX DE HUERTAS.

(Revista franciscana).

UN CEMENTERIO EN AKMIN.

MASPERO, el eminente arqueólogo que hace tanto tiempo rocorre el Egipto con gran provecho para la ciencia, se ocupa ahora en estudiar una region completamente inexplorada en los alrededores de la ciudad de Akmin.

Hasta ahora no se conocia más que el esplendor de las tumbas pertenecientes á la época faraónica, por los sepulcros de familias de príncipes y de grandes sacerdotes; pero Maspero ahora ha descubierto allí un verdadero cementerio popular.

Buscaba hace ya tiempo el ilustre arqueólogo, señales de esa necrópolis de cuya existencia tenia vagas noticias por una tradicion popular, cuando recorriendo los pueblecillos situados al Este de la ciudad citada más

arriba, observó que los ángeles de piedra colocados en las puertas de la casa como para guardarlas, no eran sino sarcófagos de marmol blanco, unos de forma cuadrada y otros hechos en forma humana por los escultores antiguos.

Cuando los «fellas» de aquellos andurriales necesitaban un ángel nuevo para colocarlo en alguna parte, no tenían más que ir á la montaña, y no tardaban en regresar provistos de lo que deseaban.

Maspero ha explorado la colina cercana al pueblo, en un trayecto de tres kilómetros y la ha encontrado enteramente ocupada por restos humanos.

Todas las grietas del terreno habian sido aprovechadas para enterrar cadáveres, y las tumbas revisten las más variadas formas; unas son pozos de quince á veinte piés de profundidad, otras constituyen una tanda de ocho ó diez departamentos, sobrepuestos unos á otros, y en cada uno de ellos hay una docena de nichos.

En el centro del cementerio hay una especie de fosa comun, donde se han encontrado muchas momias simétricamente colocadas unas encima de otras. En posteriores excavaciones hanse hallado tumbas más antiguas; una hay del tiempo de la cuarta dinastía de los Faraones y muchas de la XVIII.

Maspero ha descubierto en el cementerio de Akmin, momias de un tipo completamente desconocido hasta el día.

Son una especie de retrato del muerto vestido con su ropa de día festivo.

Las mujeres están representadas con peplum y túnica.

Los más menudos pormenores del cuerpo se hallan modelados con una exactitud tan grande, que casi resulta indecorosa.

La materia de que están hechas esas especies de estatuas no es madera, sino algo así como carton hecho de hojas de papel aglutinante y cubierto de una arcilla especial que tampoco se conocía hasta ahora.

UNA SOCIEDAD SECRETA ENTRE YANKÉES

PUBLICA un periódico con su correspondiente grabado para mejor explicacion del texto, los siguientes detalles relativos á una nueva sociedad secreta, que prueban las extravagancias á que el hombre se entrega cuando pretende emanciparse del suave yugo de la Religion:

«Para convencerse de la inclinacion del hombre á simbolismos y misterios, nada tan eficaz como un viaje por los Estados-Unidos dedicado á estudiar las sociedades secretas allí organizadas imitando á la orden francmasónica, y cuyo principal atractivo estriba en que los asociados juegan tambien al escondite y se valen de signos y frases para reconocerse.

«Allí existen hermanos templarios, druidas, hermanos del bosque, de la sabiduría y de cuantas denominaciones puede inventar el hombre, sincerando las extravagantes organizaciones, que los más avisados explotan, con leyendas y fábulas, pasto de imaginaciones fecundas y que en muchos casos hacen remontar el origen de la orden ó asociacion á épocas más remotas aun que la señalada para la suya por los francmasones.

«Entre esas asociaciones figuran los *Nobles de la sepultura mistica*, que pretenden proceder de Arabia y

Egipto, y que han imitado algunos ritos y usos del mahometismo. Nuestro grabado representa hoy un funeral de esa novísima orden, cuyo principal símbolo es el pebetero que arde sobre la tumba y el incensario que agita uno de los socios. La ceremonia se celebró poco há en el templo masónico de Nueva-York, presidiendo el *gran potentado*, Dr. Walter M. Fleming, y asistiéndole el expositor imperial Albert Ranson, el único norte-americano que ha visto el interior de la mezquita de la Meca. En segundo término aparece una tumba egipcia, y ante ella la tumba sobre la cual se han depositado las insignias de un gran potentado de la orden.

«El asociado que hace las veces de preste lleva manto de púrpura guarnecido de oro, un turbante de seda con su correspondiente media luna y el cetro, signo de su elevada jerarquía, en la mano. Los demás funcionarios aparecen tambien vestidos con caprichosos trajes, y algunos con el *fez* oriental. El rito se compone de lectura de versículos del Alcoran, quema de algunas materias olorosas en los pebeteros y de sinfonías musicales. Esa orden, que posee en Chicago el templo de medicina, pretende ser una hijuela de una antigua y mística orden árabe. Aun cuando por ahora cuenta muchos hermanos en su seno, no es fácil adivinar si llegará esa asociacion, con el tiempo, á obtener tanta influencia como la masónica.»

PRÁCTICAS FUNERARIAS ENTRE

LOS GRIEGOS.

Conservan muchas reminiscencias de las costumbres paganas de la antigua Grecia, que recuerdan la tradicion y la historia y reproducen muchos objetos arqueológicos.

Los cadáveres se lavan con agua avinagrada, y en Corfú se suele hacer con agua perfumada con hojas de rosa, cubriéndolos con un lienzo blanco, de igual ancho que el cuerpo y doble longitud, que en su mitad le abren un agujero para que pase la cabeza, y se lo ponen al cadáver á manera de casulla, vestimenta que llaman *sábanon*. Encima lo visten con un traje habitual, pero completamente nuevo, y colocan debajo de la cabeza un almohadon lleno de hojas de limonero, en la boca un ramo de violetas, en las sienes una corona de flores de naranjo ó de jazmin, práctica sólo usada con los solteros, y en la mano una moneda.

El cadáver se saca de la casa mortuoria con los piés por delante como expresion de que no podrá volver á entrar en ella, y en la capilla se coloca el ataud de modo que la cabeza esté en direccion al Este, no usándose coches fúnebres para conducir los cadáveres, que se llevan á hombros. Durante tres años despues el sepelio, se alumbra la sepultura con un farol, para cuyo cuidado hay en los cementerios mujeres que á ello se dedican.

NECROLOGIA.

Mr. Huber, Vicario apostólico de Suecia.

LA Mision de Suecia ha experimentado el 22 de marzo en la persona de su jefe venerado, una gran pérdida.

El Rdo. Huber nació el 3 de setiembre de 1820 en Baviera, en donde su padre era director de minas del reino. Juan Gorge era su hijo primogénito, y

pensaba destinarle á reemplazarle en su cargo. En efecto, el jóven Huber hizo con este objeto todos los estudios necesarios en la Universidad de Munich. Sucesos extraordinarios le prometían una carrera brillante en este mundo, y ya el gobierno le habia asignado un puesto distinguido.

Pero Dios tenia otras miras sobre él. La lectura de los *Anales de la propagacion de la fe* súbitamente le impresionó tanto, que ya no pensó sino en irse él tambien á los países salvajes á predicar el Evangelio ó á verter su sangre. Sus piadosos padres no se opusieron á esta nueva vocacion.

En 1845, en el momento que concluyó sus estudios de teología, Mons. Reisach, arzobispo de Munich, recibió una carta de Mons. Studach, vicario apostólico de Suecia, solicitando un sacerdote para Stockolmo, en donde el cura actual, abate Bernhard, era el único misionero.

El presbítero Huber aceptó esta mision y el 25 de junio de 1845 llegó á Stockolmo. Desde este tiempo hasta su muerte, el celoso misionero se consagró preferentemente á la instruccion y á la educacion de los niños huérfanos y pobres de la escuela. Para comprender el grado de humildad, de celo y de sacrificio de este hombre de Dios, basta saber que el Rdo. Huber era no solamente muy versado en las ciencias físicas y matemáticas, en las lenguas antiguas, sino que conocia todas las lenguas europeas, salvo la lengua slava; hablaba las lenguas del Norte y del Sud, el italiano, el griego moderno, el inglés, el sueco, como su idioma natal el alemán. Por este motivo le aplicaron con justo título las palabras del himno de los confesores: *Qui pius, prudens, humilis, pudicus, sobriam duxit sine labe vitam.*

Tan pronto como en 1874 conocieron en Roma las cualidades eminentes del Rdo. Huber, fué creado vicario apostólico de Suecia. En 1884 Su Santidad Leop. XIII le confirió el título de protonotario apostólico y de prelado asistente al trono pontificio.

El R. P. Agustin Delbosc, misionero en Madagascar.

La Mision de Madagascar, tan bárbaramente probada desde la expulsion de sus miembros, acaba de experimentar una grande pérdida en la persona del reverendo P. Delbosc, muerto en Tamatava el 30 de diciembre de 1885, á la edad de 61 años. Es la décima víctima arrancada por la muerte desde el mes de junio de 1883. El P. Delbosc nació en Boisse (Aveyron) Francia, el 18 de junio de 1824. Fué admitido en la Compañía de Jesús el 1.º de enero de 1846, y enviado á Borbon, donde enseñó la física y la química, desde el 3 de enero de 1859 hasta el mes de junio de 1862, época en que fué llamado á Tananarive para continuar la misma enseñanza en la Corte de Radama II.

Allí, el profesor tuvo sucesos en la célebre academia llamada de la *Casa de piedra*; mas pronto fué inundado por la corriente. Sus sabios consejos, así como tambien sus perseverantes esfuerzos, fueron insuficientes para contener la licencia de las pasiones desencadenadas por aquellos mismos cuyo deber era de contenerlas. La revolucion pasó sangrienta, como por todas partes, é hizo su obra.

El Rdo. P. Delbosc, entrando en su barrio ó vecindad, no encontró ni casa ni alumnos; éstos habian sido muertos alevosamente y aquella derribada. Tomó Del-

bosc todo-aquello por la base y empezó una escuela con un pobre huérfano, casi recogido en la calle, y enseñó los elementos de la gramática y de la religion á algunos niños de los dos sexos. Al año siguiente edificó una hermosa iglesia dedicada al Sagrado Corazon, la cual contaba en la expulsion 2,200 cristianos y 500 alumnos dirigidos por un Padre, dos maestros y tres Hermanas de san José, ayudadas por once maestras de segunda órden. El 15 de agosto de 1869 el P. Delbosc procedia á la creacion de un nuevo sitio en medio de una reunion de 3,000 malgaches agrupados en la plaza del hermoso pueblo de Imerimandraso, hoy cabeza de un distrito católico que cuenta 16 iglesias ó lugares de reunion y 24 escuelas. Nombrado vice-prefecto apostólico en la ausencia del Rdo. P. Jouen (1871), el P. Delbosc visitó la Mision reciente de la provincia Betsiloo y animó sus primeros actos. El año siguiente, le encontramos siguiendo á Ranavalona II, visitando el Sur de sus estados á la cabeza de 40,000 de sus súbditos. Llenaba el oficio de limosnero al lado de numerosos católicos que acompañaban á su soberano. En fin, por tercera vez, en 1874, fué enviado con título de Superior. El perseverante misionero tuvo el consuelo de ver desarrollado el Catolicismo y creer en medio de incesantes enredos suscitados por los oficiales vendidos á la herejía, y le fué dado extenderlo hasta el punto donde fundó la escuela de Mananjary. Llamado de nuevo á Imerina, gobernó durante algun tiempo la Mision de Imerimandroso (1878) de donde fué retirado para ocupar el importante puesto de San José de Mahamasina, en la capital.

Hasta la expulsion, dirigió cerca de 3,000 cristianos y 600 alumnos; vigilaba la imprenta y los talleres de la Mision establecidos en esta residencia, y suministraba artículos á la *Resaka*, revista mensual fundada por la Mision. El Rdo. P. Delbosc escribía correctamente el malgache y lo hablaba con la misma facilidad que los del país.

Desterrado á Borbon por el decreto de la expulsion, le volvieron á llamar á Tamatava en el momento de las conferencias de la paz.

En el colmo de sus gozos marchó gozoso pensando hacer una primera compra en Tananarive al mismo tiempo que era su última el cielo.

Ha fallecido á bordo del vapor *Isla de Panay* Fray Fidel Espinosa, uno de los nueve misioneros franciscanos que iban para las Carolinas y las Palaos á evangelizar y civilizar á los moradores de aquellas posesiones españolas.

—El 20 de abril falleció en la paz del Señor en la ciudad de Filadelfia el Rdo. P. Bernardo Maguire, de la Compañía de Jesús. Contaba el finado 69 años de edad, de los que habia pasado más de 50 en la Religion con fama de varon ejemplarísimo, superior eminente y orador poco comun, sobre todo por lo tocante á Misiones; en pues este sagrado ministerio empleó muy especialmente los últimos diez años de su vida, recogiendo siempre fruto abundantísimo. Su funeral se celebró en la iglesia de San Luis Gonzaga de Washington, en presencia de un gentío inmenso, de un centenar de sacerdotes, y del arzobispo Gibbons de Baltimore. Sus restos mortales fueron enterrados en el cementerio de la Universidad de Georgetown, de la que el venerable anciano habia sido Presidente por nueve años.